
AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
CON LA VIDA
EN UN HILO
por FIDEL PRADO
3
PTAS

AVENTURAS DE JIM TEXAS 11 — CON LA VIDA EN UN HILO

Aventuras de

JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN

GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA



Capítulo I



Una nueva aventura



EWIS Snock, secretario de1 Departamento de Estado, escuchó en silencio el relato que de todo lo sucedido en el túnel Cascade que le había hecho Texas, quien, con toda la rapidez que los trenes le permitieron, habíase trasladado a la capital de la Nación para dar cuenta de su trabajo, y desde allí iniciar la terrible y espinosa campaña que debía dar al traste con la trágica secta de El “Ku-Klux-Klan”.

Cuando Texas terminó de hablar, Snock exclamó:

—Ha sido algo terrible y formidable, Jim. Por algo confiaba yo en ti, más que en un regimiento de artillería.

—Bueno; reconozco que la cosa ha salido, en principio, bastante bien; pero he de confesar que tuvimos suerte desde el primer momento. Cuando quisieron darse cuenta, ya estábamos metidos en el corazón de la trama.

—Fue una razzia magnífica, Jim. Creo que tardarán en reponerse de este quebranto.

—No lo creas. Para ellos, esto sólo es un incidente que les retrasa un poco y les marea algo más; pero Dios sabe los resortes

que tienen ahora entre manos. ¿Crees, acaso, conocerlos?

—Realmente, no. Lo más preciso que sabíamos era eso.

—Bueno; pero mientras ellos trabajan en otros golpes tan audaces como esos. He estudiado la situación y opino una cosa.

—¿Cuál?

—Que no debemos molestarnos en correr peligros y desgastar energías donde ellos presenten la batalla, sino ir nosotros derechos a la cabeza.

—¿Y dónde está esa cabeza?

—Creo que estamos sobre una pequeña pista que nos puede llevar a ella. Ese pequeño hotel de Richmond es un buen indicio.

—Sí, pero eso será únicamente algún tentáculo de la secta.

—Déjame que pueda afianzarlo y él me llevará al cuerpo del pulpo. Es la única solución.

—No lo niego; pero va a ser una lucha muy sutil y terrible.

—Ya que nos hemos puesto a ella, la seguiremos. Creo que puedo disponer de tres semanas antes de que Stella se sienta próxima a ser madre. Aprovecharé este tiempo, a ver si consigo, cuando menos, fraccionar la organización. Luego, se puede dar la batida a los pedazos.

—¿Cuál es tu idea, entonces?

—Todo depende de los informes que me tengas guardados.

—No son muchos. Respecto a Harvey, logramos encontrar su pista, y, si nada ha sucedido en estas últimas veinticuatro horas, se encuentra en Keyport, un pueblo costero de Nueva Jersey. Trató de escabullirse allí, pero dos hombres muy hábiles que tengo dedicados a vigilarle consiguieron seguirle. Tienen una lancha motora para la pesca y pasan por pescadores del litoral.

—Muy bien; yo me voy a trasladar rápidamente a ese poblado para hacer detener a Harvey. Le obligaré a hablar, y algo tendrá que decir, aunque no quiera, que nos sirva para continuar la pista.

—Muy bien. Pero, ¿qué tienes que decirme de ese Jackie Lañe, de Richmond?

—De ése me ocuparé inmediatamente que haga hablar a Harvey. Tú haz que hombres hábiles vigilen discretamente la villa sin levantar sospecha alguna. Que hagan seguir a cuantos entren y salgan en ella, y cuando yo esté en condiciones de largarme allí, supongo que habrá material más que suficiente para obrar con garantía.

—¡Dios lo quiera, Jim! Esa es una plaga que va a costar muchos años y mucha sangre extirpar.

—Posiblemente; pero creo que no será tan difícil si logramos que

los brazos sean separados de la cabeza. En el momento que a los satélites, les podes el nervio que les impulsa a moverse ciegamente, quedarán desorientados, y, a lo sumo, se convertirán en vulgares malhechores obrando por su cuenta.

—Me llenas de optimismo, Texas. Después de saber los milagros que has realizado tantas veces, creo a ciegas en tu eficacia. Dime qué puedo hacer.

—Darme los nombres y las señas de ese par de sabuesos que vigilan a Harvey.

—Aquí tienes los nombres: se llaman Joe Hardinge y Edwin Brisbane. Tripulan una motora que se titula "Eric"; si no les encuentras en la playa, puedes entrar en una taberna de la misma que se llama "El Ancla de Plata". Para despistar y estar en contacto directo con ellos y conmigo, uno de nuestros policías la ha tomado a traspaso y está al frente de ella. Él se entiende con los dos vigilantes y me transmite sus noticias. Toma este dólar roto: en cuanto se lo presentes, sabrá que debe obedecerte como si fuese a mí mismo.

—Gracias; veo que sabes ponerte a la altura del ingenio de nuestros enemigos. Veremos qué tal les sienta la sorpresa.

Luego preguntó:

—¿Qué noticias tienes de mi rancho?

—Excelentes. Todos los días el jefe de la tropa allí de maniobras me envía informes. Puedes ver el último despacho, recibido esta mañana.

Le enseñó un telegrama que decía:

> "Todo bien. Estado Mayor en perfecto estado de salud. Nada anormal por los alrededores.
>
> "Jack."

Texas devolvió el telegrama, diciendo:

—Yo he puesto uno apenas llegué, tranquilizándoles. Les digo que he venido a traerte informes. Como ignoran la o*dise*a que he corrido en Washington, quedarán más tranquilas, creyendo que, en efecto, sólo fui a una misión pasiva.

"De todas maneras, conviene que estrechen la vigilancia. Mientras no se supo que yo estaba metido en la trama, no tenían motivos para intentar nada contra mí. Ahora que he sido descubierto, pueden intentar tomar represalias. .

—Bueno; allí tengo mil quinientos hombres bien armados, que sabrán tomarles como objetivo militar para sus maniobras.

Texas se despidió de él, añadiendo:

—Marcho a Nueva Jersey en el primer tren. Desde allí, si todo va bien, marcharé a Richmond.

—Pues que tengas el mismo éxito es lo que te deseo.

Texas se dirigió al hotel donde había dejado a Nino. Éste, pegado al cristal del ventanal, vigilaba la calle por si, a pesar de la premura con que habían salido y las precauciones tomadas, habían sido seguidos o descubiertos.

No parecía que nadie tuviese noticias de su llegada, y Nino, apenas vio entrar a Texas, gruñó:

—Bueno va, *manito*; me has tenido más de dos horas como una trucha metida en una piscina o así, con el morro pegado al cristal. No se ve un sapo encapuchado por estos alrededores, ¡maldito sea su retrato! '

—¡A ver si te crees que van a ir por la calle con el sayal y el capuchón, diciendo: Soy del "Ku-Klux-Klan"! Sólo se lo ponen cuando tienen que atacar en gordo y temen ser reconocidos.

—Bueno, pero quisiera saber quién es el maldito sastre que los viste, para clavarle un capuchón de esos en los sesos y colgarle sentado de una viga terminada en punta.

—Está bien; no amenaces tanto, que parece que te vas a tragar el mundo, y luego no haces nada. Prepara el equipaje, que nos vamos.

—¿Los caballos también?

—No; no nos harán falta. Vamos a la costa.

—¿A qué costa?

—A Keyport.

—Como si me dijeses que a China. ¿Dónde diablos está eso?

—En Nueva Jersey.

—Cosa linda, *manito*; ya tenía ganas de ver una gran ciudad del Este o así.

—Pues cierra los ojos cuando llegues, porque sólo verás cuatro chozas y unas cuantas lanchas de pesca.

—¡*Repinto*! ¿Qué diablos vamos a hacer nosotros en un sitio que sólo olerá a pescado podrido o así?

—Pues pescar. ¿No te agrada?

—No, *manito*. Tú sabes que me gusta más cazar. Si los revólveres tuviesen anzuelo en el cañón, puede que me gustase, creo yo.

—Pues has de probar de todo. Dentro de dos horas nos vamos;

Fueron directamente a Dover, y desde allí, en un ferrocarril costero, alcanzaron el poblado.

Era de noche cuando penetraban en él. Texas, cauto para no llamar la atención, se había procurado unos trajes vulgares propios de cualquier habitante de aquel lado de la región, y directamente se

dirigieron a “El Ancla de Plata”, un tugurio marinero donde solían reunirse bastantes pescadores a charlar, beber y jugar, después de terminadas sus faenas.

El pequeño, negro y sórdido local se halla atestado de clientes. Un olor a tabaco y a pescado atufaba la atmósfera, y Nino sorbió ruidosamente al entrar, pues aquel vaho le producía náuseas.

Texas hizo un gesto de contrariedad al observar que había tanta gente reunida, pero avanzó hacia el mostrador, donde un individuo delgado, flexible, de ojos de halcón y manos demasiado finas para tratarse de un vulgar tabernero de puerto, despachaba a los clientes.

Pidió dos vasos de cerveza, y, aprovechando un momento en que nadie les miraba, sacó el dólar roto y se lo mostró.

El tabernero se estremeció al ver la moneda, y durante un momento quedó tenso, mirando de soslayo a la concurrencia; luego, de repente, dando grandes voces y haciendo unos gestos exagerados, exclamó:

—¿Cómo?... ¡Pero si es mi primo Smith! Pero, ¡querido primo! ¿Por qué no avisaste que venías, después de tantos años sin vernos? ¡Si estás desconocidísimo!

Y, saliendo del mostrador, abrazó efusivamente a Texas, diciéndole al oído:

—Siga la farsa; ahora hablaremos dentro.

Texas, muy divertido por el ingenio del tabernero, se excusó. Lo habían pensado de golpe y no tuvieron tiempo de avisarle.

El que estaba terriblemente asombrado era Nino. Ignoraba que Texas tuviese pariente alguno en la tierra, y se preguntaba qué diablos tendría que ver aquel pariente ignorado, para tener que hacer aquel viaje molesto y tan alejado de su rancho.

El tabernero, señalando a Nino, preguntó:

—Y ese hombre gordo que te acompaña, ¿quién es?

—Pues... es un hermano de la tía Evelin, que se crio en Méjico. El pobre no sirve más que para pescar truchas, y le he traído a que se coloque por aquí con algún patrón.

—¡Magnífico! Ya le buscaremos colocación. Pero pasad ahí dentro, muchachos. Tenemos que charlar mucho de la familia.

Llamó a gritos a un rapaz que andaba haraganeando por el exterior, y, dejándole tras el mostrador, hizo pasar a Texas y a Nino al interior.

El mejicano tenía la cara muy larga. Aquel parentesco que le habían inventado y aquella ocupación de pescador le habían puesto inquieto, pues conocía a Texas y sabía que era capaz de obligarle a realizar las cosas más absurdas del mundo.

Cruzaron un obscuro y largo pasillo, alcanzando la parte posterior de la casucha, una salita pequeña amueblada muy sobriamente.

El tabernero cerró la puerta, y, cambiando el tono de voz, dijo a Texas:

—Perdone, pero habrá comprendido que era la mejor forma de no llamar la atención. Dos forasteros en este pueblo, donde todos se conocen, hubiesen llamado la atención en seguida, provocando recelos. Así, nada sucederá. Y ahora, si tiene a bien decirme quién es usted...

—Soy el capitán Jim Texas.

—¡Oh, diablo! Debí sospecharlo. Ya una vez intervine en un asunto que usted llevaba. Me alegro conocerle personalmente, y excuso decirle que con esa moneda es usted quien me ordena.

—¿Hay algo de particular respecto a Harvey?

—Hasta el momento, parece que nada. Se ha recluido en una casita que ha alquilado cerca de los arrecifes y hace una vida muy retraída. Ha hecho correr la voz de que está agotado de los nervios y que necesita mucho reposo.

—Bien. ¿Y Hardinge y Brisbane?

—Uno de ellos quizá no tarde en venir. Cuando viene uno, el otro se queda en la barca vigilando el mar, y luego se relevan. Duermen en esa casa flotante y están un poco aburridos de pescar en serio para matar el aburrimiento. .

Texas hizo una pregunta:

—¿Cree usted que habrá aquí algún “hijo del diablo” vigilando también?

—Lo ignoro. Al parecer, todos los que habitan el poblado son gente nacida en él o que llevan muchos años aquí. Únicamente Harvey tiene con él dos criados que ignoro si son propios o pertenecen a la secta.

—Pertenecerán, seguramente. Desearía hablar con alguno de los dos agentes. Traigo poderes para detener a Harvey y hacerle cantar.

—Me alegraré que así sea. Estoy harto de despachar vino y alcohol en este tugurio. No me acostumbro a vivir en este ambiente. Ahora haré que busquen a uno de los dos y le haremos pasar aquí.

Poniéndose en pie, agregó:

—Quédense aquí mientras yo envío al muchacho en busca de la barca. Tengo que quedarme en el mostrador.

Abandonó la estancia, y, cuando salía a la taberna, quedó parado junto al mostrador. Acababa de entrar un individuo alto y recio, muy moreno de rostro y vestido con un pantalón de dril azul,

una camiseta a rayas y un alicaído sombrero de fieltro, todo grasiento, que casi le tapaba los ojos.

El tabernero, haciéndole señas, le llamó.

—Escucha, Hardinge. Ha venido mi primo Smith. Ya sabes quién es; viene del pueblo y trae noticias de allí. Pasa, que se alegrará de verte también a ti.

El policía adivinó que había noticias extraordinarias, y rezongó:

—Bueno; si no viene a pedir nada, conformes. Más de dos dólares no me sacará.

—No suspires antes de tiempo, hombre. Sólo viene a proponerte un compañero de faena.

—¡Ah, bien! Si trae quien quite trabajo, encantado.

Siguió tras el tabernero, quien hizo la presentación.

El policía, muy respetuoso, le tendió la mano, diciendo:

—Un poco áspera y oliendo a pescado, pero no hay otro remedio. Creo que no va a haber bastante agua de colonia en el mundo para quitarme este olor cuando termine mi trabajo.

Se sentó junto a Texas, y, a preguntas de éste, estuvo dándole informes sobre el almacenista. Al parecer, su misión era vivir en aquel rincón apartado del mundo sin que nadie le viese.

—¿Recibe visitas? —preguntó Texas.

—Ninguna. Solamente se trata con sus criados y no hemos visto a nadie aparecer por su choza.

Hallábanse entregados a aquel cambio de informes, cuando Hardinge, envarándose, se levantó como impulsado por un resorte, advirtiendo:

—¡El pito de Brisbane! Algo sucede cuando lo usa. Hemos convenido en que, en caso de alarma, nos llamaríamos por medio de un pito y de un modo especial. Me voy.

—Espere —dijo Texas—. Vamos con usted.

El tabernero, señalando una puerta trasera, indicó:

—Salgan por aquí. Nadie les verá salir y no se alarmarán antes de tiempo...

Y Hardinge, seguido de Texas y Nino, abandonaron la casucha por la parte trasera, corriendo desesperadamente hacia la playa.

La noche estaba bastante obscura. La luna no había salido aún, y solamente el suave fulgor de las estrellas despedía una claridad muy sutil que no alcanzaba a borrar la negrura del agua.

Hardinge, cortando diagonalmente el camino, avanzó con seguridad a pesar de lo sombrío de la noche. Hubiese sabido alcanzar a ciegas el lugar donde se hallaba amarrada la motora.

—Por aquí, síganme—clamó—; algo, le sucede a mi compañero,

que no cesa de llamar.

Mientras corría, contestó con su pito a la llamada angustiosa, y por fin alcanzaron la escollera.

Hardinge gritó:

—Aquí estoy, Brisbane. ¿Qué sucede?

—¡Date prisa, por el infierno, que se nos escapa!

El policía alcanzó el borde del cantil.

—¿Quién? ¿Qué dices?

—¡Harvey, maldito sea el demonio!

Se lo llevan, en una gasolinera.

Hardinge, furioso, saltó elásticamente a la motora, diciendo:

—Salte, capitán, pronto; no me explico lo sucedido.

Los dos saltaron con rapidez. Nino estuvo a punto de hacer zozobrar la embarcación con el peso de la caída.

Brisbane, que tenía el motor a presión, puso en marcha la motora, al tiempo que decía:

—Había una gasolinera atracada. Vi saltar un bulto y reconocí a Harvey. Todo lo tenían tan bien preparado, que cuando quise darme cuenta salían a todo gas bordeando la costa. Creo que nos lleva buena delantera.

Capítulo II

Una sentencia de muerte



NA mañana llegó a la villa de Richmond un informe redactado en clave, que, al ser leído por Zenker, le obligó a bramar como un toro gravemente herido. El informe, extenso y detallado, estaba firmado por el telegrafista de Belungham, el cual había sido uno de los pocos supervivientes del fracaso.

El telegrafista hacía un relato bastante fiel sobre los sucesos ocurridos a lo largo de la línea desde su puesto al túnel, y daba cuenta de cómo Texas había podido tomar el hilo de la conflagración y seguirlo hasta conseguir echar por tierra todo lo levantado.

Terminaba el informe dando detalles de la voladura del túnel, aunque, según noticias, ésta no había sido muy grave, y ya se estaba procediendo a, descombrar para reanudar el trabajo con obreros seleccionados y tropas que debían guardar el túnel y vigilar las obras.

Aún añadía que, según informes llegados allí, los ingenieros de las obras de la presa habían suspendido bruscamente el trabajo, acordonando la presa con tropas, que habían procedido a detener a todos los obreros para verificar una depuración, y que, al parecer, varios estaban detenidos por las autoridades.

En cuanto a Texas y su compañero, no se sabía una palabra de ellos. Habían desaparecido instantáneamente después de producirse la lucha y se ignoraba su paradero.

Zenker, estrujando la carta con furor inaudito, se desahogaba maldiciendo como un vaquero analfabeto y juraba tomar cumplida venganza, no sólo de su enemigo, sino de los ineptos a sus órdenes que pudieran haber cometido algún error que diese margen a la catástrofe.

Después que se desahogó jurando fieramente, el sentido de un posible peligro le obligó a reaccionar. Texas no era un enemigo común, sino algo extraordinario al que había que dar su justo valor, y, si se había decidido a dar la batalla plenamente, no se podía perder un minuto en levantar trincheras para contenerle, aunque su audacia le llevase a asaltarlas con coraje.

Se sentó ante la mesa y se puso a reflexionar hondamente sobre

la situación. Había algo terriblemente inquietante para él y la secta, y era el que Jim, al interceptar los telegramas cursados desde el lugar de la lucha, tenía que estar al tanto de quién era el principal agente del sabotaje.

No tardando mucho, su tranquila villa se vería rodeada de espías, si no los había ya alrededor. Claro era que no le inquietaba un asalto a ella, pues había sido reformada por orden suya y contaba con una salida secreta que, cuando quisieran descubrirla, sería demasiado tardé para poderle atrapar.

Pero era una contrariedad tener que abandonar su cuartel general y verse acosado como un conejo. Gozaba de la ventaja de que Texas ignoraba que el Jackie Lane que le servía de escudo ocultaba la personalidad de su más fiero enemigo, pero Texas poseía, una agudeza maravillosa y muy bien podía sospechar que él estuviese mezclado en aquel asunto.

Luego recordó a Harvey. Éste era un terrible peligro si se decidían a capturarle e interrogarle. El contratista no era un elemento voluntario del "Ku-Klux-Klan", sino un colaborador forzoso y atemorizado, y en un momento de peligro podía declarar cuanto supiese, sólo con el deseo natural de salvarse.

Tenía que hacerle desaparecer cuanto antes, y para ello iba a tomar las medidas pertinentes.

Harvey había sido obligado a trasladarse a Keyport. Allí, no solamente se encontraba más alejado de centros nutridos de gente, sino que, en caso preciso, podía huir, tanto por tierra como por mar.

Zenker, nervioso, tomó el teléfono y marcó un número, ordenando a determinado elemento que se presentase inmediatamente en su despacho.

Media hora más tarde, el llamado acudía al despacho del omnímodo cabecilla de la secta.

Zenker, indicándole un lugar del mapa, dijo:

—Aquí está Keyport; en una casita aislada junto a los arrecifes, está recluido un individuo llamado Harvey. Le vigilan dos de nuestros hombres que pasan por criados suyos; pero este elemento nos estorba. Puede hacernos traición de un momento a otro, y es necesario que desaparezca urgentemente.

El individuo, cuyo rostro era una carátula repelente, sonrió de un modo siniestro, afirmando:

—Está bien, señor; una puñalada bien administrada mientras duerme...

—No; hay que hacerlo de otra forma. En Cabo May, muy próximo a Keyport, tenemos una gasolinera. Te posesionarás de

ella, irás a Keyport procurando llegar de noche y te pones al habla con los dos individuos que le vigilan y sacáis a Harvey de la casita, llevándole a la gasolinera. Le advertís que es orden mía que abandone aquel lugar poco seguro, diciéndole que le lleváis a Florida. Una vez que os alejéis de la costa, le amarráis bien, le atáis a un poste y prendéis una carga de dinamita que vuele la embarcación. En ella lleváis una lancha que os podrá dejar en tierra.

—¿Por qué volar la gasolinera? Es una lástima. Con arrojarle al mar con una buena piedra al cuello…

—No servirás jamás para jefe de cuadrilla, Howard. Alguien puede fijarse en la gasolinera y dar detalles de ella que pondrían al enemigo en nuestra pista. Volándola, todo rastro se perderá.

—¡Oh, es cierto! No había caído en ello.

—Date prisa. El tiempo urge, y un minuto que se pueda perder sería fatal. Confío en tu audacia.

—Descuide, jefe; no quedará descontento de mí.

El sectario se iba a ausentar, pero Zenker, temiendo que hubiese espías por los alrededores y pudiesen seguirle, le guio personalmente por una puerta secreta que daba a una galería subterránea. Esta galería se dilataba debajo de tierra un buen trecho y volvía a ascender, para desembocar en un cobertizo bastante alejado enclavado en un pequeño jardín de una diminuta villa del lado contrario del paseo. Nadie podía adivinar que ambas se comunicaban, pues en ella habitaba un viejo misántropo que pasaba muchas horas al sol, en el jardín, aunque realmente lo que hacía era vigilar y guardar las espaldas a Zenker.

Éste regresó a su despacho; tenía que seguir tomando medidas preventivas, y una de ellas era desplegar cantos elementos tenía a su alcance para tratar de localizar el paradero de Texas.

Howard se apresuró a tomar el primer tren que salía para Nueva Jersey, y, apenas llegó a Cabo May, buscó la gasolinera que se encontraba allí anclada.

Parecía pertenecer a un turista que viajaba por la costa en plan de vacaciones, pero en realidad sólo estaba al servicio de la secta para aquellos servicios que requerían actividad fluvial.

Howard se puso al habla con el que parecía el dueño y le dio órdenes concretas. Le conduciría a Keyport, pero antes de llegar a la playa abandonaría la gasolinera, dejándole únicamente con el maquinista.

Toda la tripulación regresaría a Richmond, mientras él seguía el viaje para cumplir su cometido.

Nadie opuso reparos a sus órdenes, y así, en un lugar propicio de la costa, fueron desembarcados, y Howard llegó a Keyport un atardecer, cuando ya las sombras empezaban a cernerse sobre la playa.

Aprovechando un momento propicio, desembarcó, y, cuando nadie podía verle, penetró en la casita que servía de refugio al contratista, poniéndose al habla con él.

—Me envía el jefe para sacarle de aquí—dijo—. No es éste un sitio seguro para usted.

Harvey, cada día más amedrentado, suplicó:

—¡Por lo que más quieran! ¿Por qué no me facilitan el medio de salir de Norteamérica? Me iría gustoso a Europa una temporada.

—Así se hará, señor Harvey. Para eso he venido. Tengo una gasolinera en la playa para trasladarle a Florida, y, desde allí, enviarle donde pueda estar seguro de que nadie podrá importunarle más.

Harvey no captó el tono sombrío de la afirmación, y, gozoso, replicó:

—¡Oh! Eso me agrada. Podemos marchar cuando guste.

—No en este momento. A las once en punto, usted y los que le custodian llegarán a la playa. La gasolinera se llama "Dover"; no la confundan. Saltarán rápidamente a ella, y antes de que nadie pueda darse cuenta de su fuga estaremos en alta mar.

—¿Es que hay algún enemigo en el poblado?

—No lo sabemos, pero puede haberlo de un momento a otro. Están buscando su pista, y hay que borrarla.

Howard abandonó la casita y se dirigió a la playa, echando un vistazo por los alrededores y escudriñándolo todo por si descubría algo sospechoso; pero, a pesar de su recelo, no logró darse cuenta del sutil plan de vigilancia que había montado para evitar la fuga de Harvey.

Sobre las once todo estaba preparado para la huida.

El motor funcionaba sordamente, y Howard, con el maquinista, esperaba el momento de que apareciesen el contratista y sus espías.

La noche obscura ayudaba a realizar el plan más misteriosamente, y a las once en punto tres bultos que se deslizaban sigilosamente por la arena se acercaron al acantilado.

Howard silbó tenuemente de un modo peculiar, siendo contestado en idéntica forma.

Los bultos se aproximaron, y Howard ordenó:

—¡Salten! ¡Rápidos!

Los tres saltaron a la gasolinera, e inmediatamente la amarra fue

soltada, poniéndose en movimiento la embarcación.

Atravesó entre varias lanchas pescadoras que se mecían en las aguas blandamente y enfiló el mar libre para navegar un poco distanciados de la costa. Corrían peligro de arrimarse demasiado con la obscuridad y zozobrar.

Apenas habían dejado atrás los cantiles, cuando a sus oídos llegó el vibrar de un silbato y Howard envarándose, exclamó:

—¿Qué diablos es eso? Parece una señal. ¿Habría alguien vigilándonos?

Apoyado en la borda, echó un vistazo buscando entre la débil claridad alguna otra embarcación que les siguiese, pero no vio ninguna y terminó por tranquilizarse.

—Bueno—dijo si así era, me parece que les hemos burlado. Cuando quieran prepararse, ya estaremos en los infiernos.

La gasolinera, retemblando a causa de la vibración del motor, continuó raudamente cortando el agua, mientras Harvey, nervioso, se había sentado sobre un rollo de cuerda y se entregaba a amargas reflexiones.

Howard pareció no hacer caso de él, pero hizo una seña a los dos satélites y se los llevó al otro lado de la cubierta.

—Estad preparados… —ordenó—. Cuando yo me acerque a él, avanzad como si os pasearais, y cuando yo me eche encima de él, secundadme.

Los dos rufianes asintieron y se separaron de su lado.

Se habían adentrado un buen espacio mar adentro, y Howard hizo variar el rumbo, ciñéndose un poco a la costa. A la hora de tener que abandonar la gasolinera en la pequeña lancha, quería estar lo más próximamente a tierra posible.

Cuando estimó que había llegado el momento, se dirigió paseando por cubierta al lugar donde permanecía sentado Harvey. Éste, entregado a sus tristes reflexiones, no hizo aprecio del bandido.

Howard maniobró colocándose próximo a él por la espalda, y entonces los otros dos, charlando de modo distraído, al parecer, iniciaron su paseo hacia aquella parte.

Cuando apenas había rebasado el cuerpo del contratista, Howard saltó como un tigre sobre él, aferrándole por el cuello. Harvey, cogido de sorpresa, trató de defenderse, y como era hombre corpulento, lo hubiese conseguido, pero los otros dos rufianes ayudaron rápidamente a su compañero, y en pocos segundos el infeliz quedó reducido a la impotencia.

Howard lo dejó bien sujeto por sus secuaces, y, tomando un

rollo de cuerda, le trabó de manera concienzuda, sin que abrigase la más remota esperanza de poderse librar de tan recias ligaduras.,

Harvey, dándose cuenta de la traición, suplicaba en vano que no le matasen. Él no había cometido delito alguno contra la secta y prometía desaparecer del país, huyendo muy lejos de allí.



—Pues claro que vas a desaparecer...

Pero Howard, burlón, afirmó:

—Pues claro que vas a desaparecer, pero de una manera que no deje lugar a dudas. Sujetos como tú son muy peligrosos para nosotros, aun a muchas millas de distancia. Aquí, cuando se pierde, pierde todo el que está alrededor de la catástrofe.

Luego, indicando un pasamano de la caseta de la gasolinera, indicó:

—Amárrale ahí, por si acaso, aunque no hay peligro de que se escape; pero podría rodar y caer al agua. Ahora te voy a enseñar algo muy lindo que te gustará horrores. ¿Tú no has volado nunca con un barco cargado de gasolina y dinamita? ¿No? Pues hoy ves a probarlo.

Buscó dentro de la caseta, donde había dejado preparada la carga, y sacó del bolsillo una larga mecha. La carga la aplicó junto al motor, y cuando la mecha estuvo unida, ordenó:

—Preparad la lancha y sujetadla con un cabo para que vaya unida a la gasolinera hasta que el maquinista se arroje de ella. Vosotros, descended, y yo encenderé la mecha. Usted—añadió dirigiéndose al maquinista —arrímese un poco más a la costa, y, cuando se tire de la embarcación, no lo haga sin antes haber atado el timón para que se dirija mar adentro. Nosotros cortaremos la

amarra y nos dirigiremos a la costa. Desde allí veremos sin peligro cómo estalla este cacharro.

La lancha fue soltada, pendiente de un cabo que la arrastraba a remolque, y mientras los dos rufianes descendían a ella, Howard, con gran sangre fría, aplicó el fuego a la mecha.

Ésta era bastante larga, pues su idea era la de que la embarcación explotase lo más lejos posible de la costa.

Sonriendo ferozmente, advirtió al infeliz Harvey, que seguía todos sus siniestros movimientos con los ojos dilatados por el espanto:

—Cómo podrá apreciar, esto va a resultar precioso. Puede seguir segundo a segundo la velocidad del fuego y calcular hasta el momento justó de emprender el viaje al infierno. Daría algo por poderlo contemplar desde más cerca, pero no tengo ganas de acompañarle tan lejos.

Se deslizó hasta la barca, gritando al maquinista:

—Cuando quiera, puede tirarse.

El maquinista se apresuró a torcer el timón, enderezando el rumbo hacia alta mar, y, dando toda la marcha, se arrojó a la chalupa.

Howard con un agudo cuchillo cortó la amarra, estando a punto de naufragar al dar el corte, y sus secuaces, empuñando los remos, empezaron a bogar hacia la costa con energía, temerosos de que la gasolinera explotase con tiempo para absorberles al hundirse.

Cuando se alejaban en las sombras, un sordo zumbar de un motor les soliviantó. Howard, empuñando el revólver, rugió:

—¡Por Satanás! Creo que han emprendido la persecución. ¡Quietos! No hagáis ningún ruido en el agua. Si son nuestros perseguidores, como la chalupa es muy baja, seguramente pasarán sin vernos.

El maquinista señaló la gasolinera que se alejaba velozmente, y murmuró:

—Hemos cometido una estupidez con no apagar el farol de posición; eso les guiará.

Howard, sonriendo siniestramente, afirmó:

—Y yo me alegro, porque así, si logran acercarse a la embarcación y llegasen a tiempo, saltarán todos al mismo compás. Lo que siento es que la mecha durará más de diez minutos, y desde aquí no vamos a ver nada.

El sordo zumbar del motor se fue acercando raudamente. El agua, cortada con bravura, produjo un ancho oleaje que movió la barca peligrosamente, y poco después un objeto obscuro, sin luz

alguna que le iluminase, cruzó zumbando sordamente a no muy larga distancia de ellos.

—¡Buen viaje!—dijo Howard—. Llevan una magnífica motora, pero dudo mucho que les sirva para nada, a no ser para perderla junto con la nuestra.

Empuñando de nuevo los remos, bogaron reciamente hacia la costa, con los ojos clavados en un puntito blanco que se iba achicando cada vez más en las tinieblas.

Llenos de curiosidad, esperaron contando angustiosamente los minutos que transcurrían. Esperaban de un momento a otro oír la explosión y ver el barco saltar, pues, de no ser así, demostraría que habían evitado la catástrofe, y ello sería terrible para todos.

Transcurrieron más de diez minutos, que a ellos se les antojaron diez horas, y cuando ya iban creyendo que todo se había frustrado, llegó hasta sus oídos el sordo rumor de una explosión lejana, y una roja llamarada se elevó en el agua como un ramillete siniestro.

Poco a poco se fue extinguiendo, hasta que la obscuridad reinó nuevamente.

Howard exclamó:

—Daría cien dólares por saber si esos sapos se han hundido también con el prisionero.

Capítulo III

Texas llega a tiempo



A motora tripulada por Texas y sus colaboradores arrancó como un caballo de batalla al sentir el roce de la espuela, y, brincando sobre el agua, se internó mar adentro, sorteando los mismos obstáculos que la gasolinera contraria se vio obligada a sortear hasta salir a agua libre.

Hardinge, puesto al timón, conducía la embarcación con seguridad y pericia, mientras Brisbane, al motor, trataba de sacar a éste todo el rendimiento posible.

El temor a despistarse había pasado. Una tenue lucecilla que se movía como un fuego fatuo en las tinieblas les iba sirviendo de guía, indicándoles por dónde se alejaba la misteriosa embarcación.

En cambio, ellos gozaban de la ventaja de no denunciar su presencia a larga distancia. Solamente el zumbido del motor podía acusar su presencia, pero esto no podían evitarlo.

La persecución resultaba enconada. La gasolinera, dotada de un buen motor, se alejaba velozmente, y gracias a que el de su motora era excelente, no sólo no se alejaban del enemigo, sino que parecían ir ganando lentamente terreno.

Con extrañeza observaron cómo derivaban hacia la costa, casi ciñéndose a ella, y luego volvían a lanzarse mar adentro.

La maniobra que Howard se vio obligado a ejecutar para lanzar la chalupa al agua hizo que durante algún tiempo la gasolinera acortase la marcha, y esto benefició a Texas, que pudo acercarse aún más que su motor les permitía.

Debido a las sombras reinantes no pudieron observar la maniobra realizada por Howard, y así, cuando por fin la embarcación, llevando sólo a bordo el maniatado cuerpo de Harvey, enderezó de modo definitivo su rumbo mar adentro, pasaron cerca de la chalupa sin descubrirla.

Ahora, rápidamente se iban acercando a la nave misteriosa. El maquinista no se había atrevido a dejar dada toda la marcha, pensando que tenía que ponerse a salvo con sus compañeros, y así la motora volaba sobre el agua, acercándose a pasos agigantados a la fugitiva.

Texas, con el revólver empuñado, advirtió:

—Nino, Hardinge, preparen sus armas. Nos acercamos.

En efecto, la motora llegó muy cerca de la otra embarcación, y Texas gritó, imperioso:

—¡Alto! ¡Paren ese motor, o les echaremos a pique! ¡Orden del Gobierno!

No se acertaba a descubrir a nadie en cubierta, pero de ésta brotó una voz ronca y angustiada que pudo ser captada a pesar del zumbido de los motores.

Era la voz de Harvey, suplicando:

—¡Por el cielo, suban pronto! Han huido todos. Me han dejado junto a una mecha que va a hacer explosión con una carga de dinamita.

Los tripulantes de la motora se miraron con espanto brevemente. La perspectiva era como para virar y alejarse, pero Texas, enérgico, gritó:

—¡Rápidos! Acérquense al costado; mantengan la misma velocidad, que voy a saltar.

—¿Está usted loco? —preguntó Hardinge, tratando de oponerse a ello.

—Déjeme, Harvey. Está vivo y le necesito...

Asió un gran rollo de cuerda, fabricó con rapidez y maestría un lazo, y, atando el cabo a un soporte de la motora, esperó.

Hardinge, con gran pericia, condujo la motora al costado de la otra embarcación, y cuando Texas estimó que era el momento adecuado para ello, con un hábil movimiento de brazo lanzó la cuerda, aprisionando con el lazo un hierro saliente que pudo captar al indeciso reflejo del farol de cubierta.

La motora sufrió un brusco tirón al tensionarse la cuerda, que resistió reciamente. Ahora ambas embarcaciones quedaban ligadas, y sólo era cuestión de mantener la misma velocidad y dirección.

Texas, sin perder momento, saltó felinamente a cubierta. Había captado la mecha encendida y temía no llegar a tiempo para apagarla.

De un vistazo calculó lo que el fuego tardaría en llegar a la dinamita. Podían ser tres minutos, poco más o menos, y en lugar de molestarse en apagarla, saltó sobre Harvey, cortó con su cuchillo las ligaduras que le sujetaban a la cabina y, tomándole en los brazos, gritó a Nino:

—Cuidado, Nino; prepárate, que voy a echarte esto.

Balanceó en el aire el cuerpo del contratista, y de súbito lo lanzó al vacío. Harvey emitió un grito ronco, creyendo que iba a caer al

mar, sin medio de poder salvarse nadando, o se iba a estrellar contra la cubierta de la motora, pero dos brazos que parecían dos columnas de acero le atraparon en el aire, para después depositarle blandamente sobre las tablas.

Texas, sin perder segundo, saltó de nuevo a la motora, y, cortando de un solo tajo la cuerda, gritó:

—¡Rápido, Hardinge! ¡Vire en redondo! ¡Aléjese a toda marcha de ese barril de pólvora!

El policía obedeció, dando vuelta al timón. La motora, a toda marcha, se separó de aquel brulote y emprendió diagonalmente la huida, separándose del peligro a toda velocidad.

Hardinge, extrañado, preguntó:

—¿Por qué no apagó usted esa maldita mecha? Tuvo tiempo de hacerlo, sin exponernos a todos a saltar por los aires.

—Es cierto; pero me conviene que crean que sus siniestros propósitos se han cumplido. Si andan perdidos por aquí y no viesen arder el barco, no quedarían confiados. Así creerán que sus planes han obtenido completo éxito y no se preocuparán más de este hombre.

En aquel momento, a una distancia bastante prudencial, vibró una explosión, y la gasolinera, abierta por el centro, se separó en, dos mitades, levantando, al vacío, gran cantidad de astillas y trozos de cubierta.

Luego el oleaje absorbió los fragmentos, y cinco minutos más tarde no quedaba señal alguna de la partida embarcación.

Texas dio orden de navegar mar adentro, y Brisbane insinuó:

—Deben andar por aquí todavía esos sapos. ¿Por qué no les buscamos?

—Porque sólo perderíamos el tiempo inútilmente. Con la obscuridad y sin un reflector que nos permitiese explorar las aguas, nada lograríamos, pues se ocultarían en la zona de sombra. Por otra parte, prefiero que queden en la duda de lo que hemos podido hacer. A lo mejor suponen, si, como sospecho, nos han descubierto, que hemos volado juntos por intentar acercarnos a esa maldita nave. Lógicamente era de suponer que si la alcanzábamos no la dejásemos explotar.

—Comprendo—dijo Hardinge le interesa más despistarles que capturarles.

—Naturalmente. Dos o tres pobres “hijos del Diablo" no significan nada. Son los tentáculos del monstruo los que yo quiero podar, y a eso es a lo que tiendo.

—Difícil tarea, capitán.

—No lo ignoro; pero confío en mi suerte y en la ayuda de hombres bravos e inteligentes como ustedes. Ahora, lo que me interesa es hacer hablar a Harvey. Espero que lo haga de buen grado, después de ver el modo cómo ha sido tratado por sus amigos; pero si se niega...

Nino le interrumpió para decir:

—Bueno va, *manito*. Si se niega, me lo dejas a mí o así, ¡maldita sea Jalisco! En cuanto vea que le meto un cartucho en la boca y le arrimo la mecha, creo yo que cantará como si fuese un gallo de pelea.

Texas se acercó a Harvey, que yacía como un fardo en cubierta, y con el cuchillo cortó sus ligaduras.

Le ayudó a incorporarse y, arrimándole a la cabina, ordenó:

—Creo que ya podemos encender alguna luz. Corremos peligro de tropezar con alguna otra embarcación, y, además, aquí no se ven los dedos de la mano.

Hardinge encendió un farol que pendía de uno de los lados de la cabina, y a su reflejo pudieron observar las descompuestas facciones de Harvey. Éste había sufrido en varios minutos los tormentos de toda una eternidad y parecía próximo a enloquecer.

—¡Agua!—suplicó.

Hardinge le ofreció su cantimplora con *whisky*, y el contratista bebió un sorbo con avidez.

Texas le dejó serenarse un poco, y luego, colocándose frente a él, exclamó:

—Bien, señor Harvey; supongo que estará contentísimo del trato que le han dado sus queridos amigos. No hay como servir al diablo para comprobar cómo paga éste.

El aludido se estremeció, diciendo con voz velada:

—¡Oh! Gracias por su intervención. No sé quién es usted, pero le estoy muy reconocido por haberme salvado la vida.

—Quiero comprobarlo, señor Harvey. Quién soy yo, se lo voy a decir, y luego usted tiene la palabra. Me llamo Jim Texas. ¿Sabe usted algo de mí?...

Harvey se estremeció, balbuciendo:

—Sí; sé que usted está mezclado en la cruzada contra esos miserables, y...

—¿Olvida usted que forma parte de ellos?

—¡Oh, no!... Es decir, no sé si formo parte; estoy ya tan loco, que ni sé quién soy; pero si, en efecto, se me calcula un miembro de esa horrible secta, quiero aclarar que estoy actuando como un muñeco movido por una fuerza superior a la mía.

Texas, severo, advirtió:

—Escuche. No he corrido tan grave riesgo por salvar su vida sin una compensación. Yo no sé hasta qué punto estará usted comprometido en este asunto; sólo sé que de su sinceridad depende que llegue .usted a la costa vivo y sano, o que le haga arrojar al agua más reciamente atado que le encontré. Por lo tanto, hable, y hable sin salirse un átomo de la más estricta verdad, o no respondo de su vida.

El contratista, miedoso, replicó, rechinando los dientes:

—Le diré toda la verdad, aunque no ignoro que con ello estoy tan condenado o más que antes; pero, si caigo, cuando menos, trataré de llevar por delante a quien tiene la culpa de todo.

"Yo trabajaba en mi negocio, ajeno al "Ku-Klux-Klan", pero un día recibí una carta de esa maldita secta citándome en Richmond, en una villa, para visitar a un tal Jackie Lane, a quien en mi vida había oído nombrar. Se me amenazaba veladamente si no acudía, y no pude evadirme.

"Allí me encontré con otros tres grandes negociantes citados como yo. Lane nos recibió y...

—Un momento. Descríbame su tipo.

—Poco puedo decirle de él, porque gasta barba y usa grandes lentes azules. Es de estatura media, más bien alto, fuerte como un toro y de manos grandes, pero finas. Tiene la voz autoritaria y áspera, un poco silbante.

—Gracias. Puede continuar.

—Nos dijo que la secta nos había elegido porque nuestros negocios les eran muy útiles para sus planes, y nos colocó en la disyuntiva de aceptar, a cambio de ganar mucho dinero, o sufrir las consecuencias.

"La elección no era dudosa, y salimos de allí con instrucciones concretas de lo que debíamos hacer. Yo tenía que enviar material inservible o fingir que lo enviaba a diversas obras del Estado, y ellos me garantizaban que, a cambio de esa porquería, cobraría de las sociedades de seguros el importe como si fuese cierto el envío, pues ellos se encargaban de hacer desaparecer los trenes.

"De repente recibí un telegrama dándome orden de abandonar Filadelfia, pues se había descubierto un fraude e iban a perseguirme. Se me señaló el lugar donde debía dirigirme, y luego se me ordenó ir a Keyport, donde he estado encerrado y vigilado por dos sectarios. Hoy me visitó un tipo diciéndome que debía salir en una motora para Florida, donde se me facilitaría el viaje a Europa, cosa que estaba deseando, pero cuando me encontraba

distraído cayeron tres hombres sobre mí, atándome y diciéndome que tenía que morir, pues era muy peligroso por lo que pudiera hablar. Lo demás lo saben ustedes.

—¿A quién conoce usted de la secta?...

—A nadie más que a Lane. Me entregó un código secreto para comunicar por clave con él sí corría algún peligro, y no traté con nadie más.

—¿Conserva usted ese código?

—Sí; lo tengo aquí en la cartera.

—Haga el favor de entregármelo.

Harvey extrajo con dificultad la cartera del bolsillo, pues le dolían todos los músculos de la presión de las ligaduras, y entregó a Texas un curioso abecedario, que Jim no pudo examinar atentamente debido a la escasa luz reinante, pero que desde el primer momento comprendió que era un trabajo sutil difícil de descifrar.

—¿Cómo lo manejaba usted?—preguntó—. Tenga en cuenta de que, si puede sacar algún beneficio de esta situación sólo lo logrará siendo rabiosamente sincero.

—Lo seré, siquiera sea por cobrarme la traición de que he sido objeto. Eso es un verdadero rompecabezas, pues corren el significado de cada letra de tres una. Es decir, que la A es la C, la B es la E, y así sucesivamente, y, cuando se termina, se emplean las mayúsculas en igual sentido para completar. Hay que estarse un día para redactar una carta o para descifrarla.

—Bien; ahora dígame quiénes son los otros tres que fueron citados en su compañía.

—¿Es necesario?—preguntó, inquieto—. Yo no quiero hacerles daño, porque sé que, si han hecho algo, lo han hecho obligados como yo, bajo severas amenazas.

—No se preocupe, que yo averiguaré la verdad. Necesito saberlo para prever cualquier otro golpe en el que ellos estén obligados a actuar.

—Pues se trata de Donald O'Fegen, que es fabricante de embutidos, en Chicago; Jub Woolmeer, que presta dinero a industriales en Boston, y Steve Ryley, que se dedica a lo mismo en Texas.

—¿Qué más datos tiene usted que añadir?

—Pocos que sirvan para algo. Únicamente que me hicieron montar un depósito de materiales en Bellingham para surtir las obras del túnel Cascade, y que cuando se iba a enviar el primer pedido recibí orden de abandonar mi casa. Lo que se ha podido

hacer allí, lo ignoro.

Texas se quedó reflexionando durante algún tiempo. Las declaraciones del contratista coincidían en algunos detalles con los que él poseía, y comprendía que estaba diciendo cuanto podía decir.

Por fin, se decidió:

—Bien; he de hacer algunas indagaciones para comprobar su declaración y la parte voluntaria que ha podido tener con relación a la secta. Sí compruebo que es usted inocente de haber obrado por propia voluntad, haré que le faciliten la salida de Norteamérica para ponerle a cubierto de toda represalia.

—¡Oh, podrá comprobarlo! Y no sabe lo que le agradeceré que así lo haga. Estoy harto de esos miserables, que han estado a punto de acabar conmigo traidoramente.

Texas abandonó al prisionero y consultó con los dos policías la situación. Le interesaba poder desembarcar lo más próximo para dirigirse a Washington de nuevo, a hablar con Snock, y al tiempo poder borrar toda huella de la motora.

Hardinge lo resolvió, diciendo:

—Desembarcaremos en un lugar costero poco frecuentado, en Seaside Park, donde tenemos un puesto marítimo, y allí puede usted tomar la línea del “Atlantic Pacific” hasta Maryland. Es lo mejor.

—Pues, adelante. Le confío la embarcación. Procure sacar de ella todo el partido posible.

Al día siguiente por la tarde, llegaban al lugar indicado por el policía. Texas les dejó allí ordenándoles que esperasen nuevas órdenes desde Washington y acompañado de Harvey y de Nino, que le vigilaba como un tigre, se encaminaron por tren a la capital del Estado.

Texas dejó en el hotel a su prisionero y a Nino y se dirigió directamente a la Casa Blanca, entrevistándose de nuevo con el secretario, a quien dio cuenta de todo lo sucedido.

—Buena jugada, Jim—afirmó Lewis, satisfecho—. No es mucho lo que se ha conseguido, pero sí algo. ¿Cuál es tu proyecto ahora?

—Necesito que se monte una severa vigilancia en torno a esos tres individuos cuyos nombres y direcciones tienes aquí apuntadas y que se investigue qué relación pueden tener con el Estado en sus negocios. También se tomará nota de todas sus visitas y se interceptará su correspondencia enviándomela a Richmond. Me voy directamente allí y me hospedaré en el hotel “New York”, bajo el nombre supuesto de Jules Eliot, no lo olvides.

—Muy bien, se hará como ordenas. ¿Qué más deseas?

—Quiero que te preocupes de hacer salir de aquí a ese Harvey

enviándole a un lugar donde no se descubra que aún vive. Es la garantía de dejarles confiados, pero aunque no creo que me haya engañado, conviene que alguien le acompañe para que no pueda escribir a nadie informándole de mis actividades.

—Comprendido. Le enviaré al otro lado de la raya del Canadá con alguien que se convertirá en su sombra hasta que tú des orden en contra.

—Pues no quiero más. Ahora, envía alguien a mi hotel para que se haga cargo de Harvey y yo saldré para Richmond en el primer tren que parta para ella.

—Ten cuidado, Texas, vas a meterte en la boca del lobo.

—Lo sé, pero quizás ellos lo ignoren. Dame las señas de la persona encardada de vigilar la villa de ese sapo de Lane.

—Se llama Peter Loy y es un hombre muy astuto. Aquí tienes su dirección.

Texas regresó al hotel acompañado de un empleado de Lewis, que se hizo cargo de Harvey. Este tembló al observar que hacían entrega de él, pero Texas Le tranquilizó diciendo:

—No se preocupe, que de momento va usted bien guardado. Le llevarán al Canadá hasta que yo acabe este asunto. Después, o podrá usted volver a sus actividades o desde allí embarcará para Europa. De momento, necesito tenerle a usted en cuarentena.

Cuando se quedaron solos, Texas ordenó:

—Nino, la maleta, billetes para Richmond, todo ello a marchas forzadas.

—Pero *manito* de mi alma, ¿es que no vamos a estar quietos cinco minutos, ¡maldita sea Guadalajara!, donde podamos disparar unos tiros o así? Estoy cansado de viajar más que un fardo de porotos.

—Todo llegará, no te apures. ¡Vamos, haragán, date prisa!

Capítulo IV

Un "*sheriff*" demasiado meticuloso



NA mañana, el teléfono secreto de la villa de Zenker vibró sordamente y el audaz jefe de la secta se apresuró a tomar el auricular.

—¿Diga?—preguntó escuetamente.

—Al habla Howard. Estoy ya de vuelta. ¿Puedo verle?

—Sí, entra por el jardín. ¿Bien todo?

—¿Cómo no?

—Pues ven rápidamente.

Un cuarto de hora más tarde, el satélite de Zenker penetraba por la entrada secreta muy ufano.

—¿Cómo salió aquello?

—Bien, pero, estuvo a punto de malograrse, jefe. Deben estar sobre la pista de aquel sapo.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro, que por muy poco lo capturan.

Howard dio cuenta de toda la o*dise*a sufrida la noche de la huida y Zenker le escuchó con los ojos medio cerrados, sin perder sílaba.

—¿Estás seguro de que no llegaron a tiempo?

—¡Y tan seguro! Vimos volar la gasolinera e incendiarse a poco de abandonarla. Lo que no pudimos ver, fue si la otra voló con ella al acercarse. Estaba la noche muy obscura y desde el bote no se podía distinguir.

—Bien, si voló la embarcación, no cabe duda de que no les dio tiempo a salvar al prisionero. Me hubiese alegrado estar convencido de que los otros también se fueron al infierno con ella.

Howard afirmó:

—Y yo, pero no conseguimos ver más.

—Bueno, de momento no necesito más de ti. Puedes retirarte, pero queda preparado porque es fácil que vuelva a necesitarte.

—Está bien, jefe, ya sabe que puede contar conmigo para misiones de esta clase.

Zenker pareció quedar satisfecho del resultado de su plan y aunque estaba inquieto pensando en las actividades de su enemigo, éste no parecía dar señales de vida por ningún sitio.

¿Iría en aquella misteriosa embarcación y se habría sepultado en el mar? —se preguntaba—. Sería algo delicioso que un azar de la suerte se lo hubiese llevado por delante.

Pero no por suponer esto dejaba de vivir alerta ante una posible explosión que le pudiese coger de sorpresa.

No había observado nada anormal por los alrededores de la villa y sin embargo, ésta se encontraba vigilada estrechamente de una manera muy sutil.

En una casa fronteriza, se había establecido recientemente un agente comercial, quien se cuidó de colocar sobre los balcones un precioso rótulo anunciando su profesión y aunque al parecer la clientela era muy escasa, el agente contaba con un buen número de empleados que amontonaban muchos papeles en las mesas y contaban con excelentes máquinas de escribir.

El despacho del director era un santuario en el que los pocos clientes que acudían a la oficina, no penetraban jamás, pues Peter Loy les recibía en un gabinete contiguo y se hacía cargo de sus peticiones.

Estas eran pasadas inmediatamente a un verdadero agente, que se encargaba de tramitarlas y así, nadie podía sospechar que la agencia no fuese tal agencia, pues al parecer funcionaba eficientemente.

Loy había arreglado su balcón de una manera especial. Las vidrieras poseían unos cristales que no permitían ver nada desde el exterior, pero desde el interior se podían hacer muchas cosas muy sorprendentes.

Por ejemplo, un aparato especial montado sobre un trípode, permitía acercar por medio de un gran objetivo la villa de Zenker, hasta parecer poder tocarla con las manos, y el mismo aparato, con un gran dispositivo fotográfico, permitía tomar la fotografía de cuantos entraban y salían, quedando impresionada su imagen en una cinta cinematográfica.

Luego, la cinta era revelada y la copia salía para el departamento de Investigación y Espionaje, quien cursaba las copias hasta localizar al fotografiado y formar un verdadero "dossier" de su vida y milagros. Por esta causa, Zenker no descubrió jamás a ningún espía rondando la villa y se consideró libre de toda vigilancia.

Varios días más tarde, Texas, disfrazado de manera que resultaba imposible reconocerle, llegó a la agencia pidiendo hablar con el señor Loy.

Este le recibió amablemente en la salita de visitas, pero cuando

Texas le presentó el dólar roto, cambió de actitud, exclamando:

—¡Oh, perdone! Ignoraba que venía usted de parte del señor Snock. Tengo el gusto de conocer a...

—Jim Texas.

—¡Oh, magnífico, señor! No sabe usted lo que me alegra trabajar a sus órdenes. Tengo de usted las mejores referencias y esperó que bajo su dirección estos sapos lleven su merecido.

—Bien, ¿qué tiene usted que decirme, señor Loy?

—No gran cosa, aunque sí algo. Haga el favor de pasar.

Le introdujo en su despacho, que resultó ser un verdadero laboratorio. La máquina tomavistas estaba enfocada frente a la villa, el laboratorio de revelar las placas adosado a un rincón, donde en pocos minutos se obtenían los mejores negativos y en una mesa fichero que sólo se abría por medio de un ingenioso aparato, aparecían con las fichas, los datos obtenidos por el Departamento de Investigación referente a cada fotografiado.

—¿Mucha gente?

—Alguna, pero la mayor parte no nos sirve. Son criados, gente que surte a la villa. Los hemos desechado temporalmente sin por eso prescindir de ellos. Sin embargo, hay algunos que pueden resultar interesantes.

Loy separó media docena de fichas que mostró a Texas, diciendo:

—Estos son industriales de categoría. Sus negocios, al parecer, son normales y prósperos, pero están bajo control, pues no se explican sus relaciones con el inquilino de la villa.

—Bien; ya los estudiaremos por si en realidad pertenecen al “Ku-Klux-Klan”. De momento, quien me interesa es ese misterioso señor Lane. ¿Qué información hay de él?

—Poca. Parece ser que vino del Sur donde tenía un negocio de tabaco que traspasó y ahora se dedica a vivir de sus rentas. Esto es lo que la policía del Estado pudo averiguar a través de la de allá abajo.

—¿Ha conseguido usted sacar su foto?

—Sí, pero no a mi gusto. En dos ocasiones, se asomó al balcón de su despacho, pero éste está sesgado y mi aparato por no poder sacarle fuera del balcón no lo tomó bien. Parece un osó más que un hombre. Puede verle.

De un cajón oculto sacó una fotografía ampliada a un tamaño de veinte centímetros, pero a pesar de la ampliación, sólo se le podía ver de costado y con la cabeza inclinada.;

Texas le devoró con la vista. La barba negra y cerrada cubría

todo el lado del rostro, sus enormes gafas obscuras velaban sus ojos y una especie de gorro de andar por casa ocultaba parte de la cabeza.

Era macizo, de estatura media, ancho de hombros y de cuello un poco recto y rígido. Texas hacia memoria de todos los rasgos de Zenker y los encajaba bastante aproximadamente, pero carecía de una base sólida para asegurar que fuese él.

—Tendré que tenerle frente a frente para cerciorarme de que es la persona de quien sospecho —declaró—. Con esto no hay suficiente.

—Me lo figuro. Ya le digo que no he podido sacarle mejor.

—Bien. ¿Con qué gente cuenta usted?

—Todos los que fingen ser empleados de la oficina son hombres hábiles y decididos. En caso de precisión, puedo contar con la policía de aquí. Tiene orden de secundarme en cuanto necesite.

—Bien; estoy decidido a realizar una visita por sorpresa a la villa. Quiero hacerlo de forma que no se den cuenta hasta que vean el peligro encima. Yo le avisaré cuando tenga todo preparado.

—Estoy a su completa disposición.

Texas se arrimó al aparato visor y estuve estudiando la villa por su parte fronteriza. Poseía dos pisos con una verja de hierro por delante del jardín, de casi dos metros, rematada por agudos pinchos que parecían largos puñales, y a un lado, se levantaba una caseta de ladrillo, que debía estar destinada al portero. Se penetraba en la villa por una puerta que se abría a medio metro del piso y delante, formaba una pequeña escalinata de cuatro peldaños.

La puerta, recia y herrada con metálicos adornos, parecía la de una fortaleza, lo que indicaba que su propietario tenía tomadas todas las medidas para evitar un asalto fulminante. Seguramente, además de la sólida cerradura, poseería alguna barra de hierro por el interior, que haría imposible forzarla.

Las ventanas del piso superior a la puerta, se hallaban a dos metros de tierra y no se podía ascender a ellas alcanzándolas con la mano. Evitaban el paso a través del vano con un enrejado que sobresalía dos cuartas, pero incapaz de dar paso a una persona por entre los hierros.

Los balcones del otro piso, sí permitían penetrar por los vanos, caso de poder ser alcanzados, pero soñar con ello era una locura.

El del centro, era un balcón corrido que abarcaba tres huecos. La balaustrada era de piedra labrada y muy artística. Era el balcón del despacho del propietario.

Texas se convenció de que por aquel lado nada se podía intentar

y fijó su atención en el lado lateral derecho, pero sólo contaba con cuatro huecos altos en el piso superior.

Era de presumir que el otro lado estuviese construido de igual forma y sólo cabía la esperanza de que la parte posterior presentase algún fallo en las precauciones para evitar su aspecto de fortaleza disimulada.

Contrariado, se volvió hacia Loy, diciendo:

—¿No tendrá usted alguna fotografía de la parte trasera de la villa?

—Sí, hice sacar una hace poco. Aquí la tiene.

—¿Da a alguna calle? —preguntó Jim.

—No se puede llamar calle. Es un ancho vano y *dise*minados por él existen algunos hotelitos.

Texas examinó la foto y sonrió expresivamente. Por aquella parte, se podía intentar algo y lo intentaría.

Cerraba la finca una cerca de ladrillo con una pequeña puerta de entrada a un lado de ella y por lo que se podía abarcar del edificio, las ventanas sólo estaban protegidas por persianas corredizas.

—¡Con tal de que no sean de acero disimulado!—murmuró.

Podían serlo tratándose de gente de tal envergadura, pero tenía que correr el riesgo de comprobarlo sobre la marcha, pues pretender la entrada por los medios legales y ordinarios, sería perder el tiempo, ya que suponía fundadamente, que aquella ratonera debía tener alguna otra salida, aunque no acertaba a figurarse cómo.

Despidiéndose de Loy, salió a la avenida y paseó como un simple transeúnte, para más tarde desde una parte baja pasar al otro lado, donde las villas *dise*minadas no formaban una solución de continuidad.

Avanzó paseando por el lado contrario y echó vistazos furtivos a la villa. No difería en nada de lo que había supuesto por la fotografía y como la tapia intransparente no le permitía observar aquel trozo del jardín, no pudo tomar, más detalles.

Pero con los que poseía le bastaban. La asaltaría con ayuda de Nino y los hombres de Loy y ya verían qué sucedía en el empeño.

Jim se alejó de aquel lugar estudiando los puntos básicos de su futuro plan, creyendo sinceramente que nadie se había fijado en él, pues su revista de la finca había sido muy disimulada, pero nunca pudo sospechar que un señor grave y al parecer aburrido, que tomaba el sol en un banco de la villa fronteriza, había fijado su aguda mirada en él y había observado su interés por la construcción.

Apenas se hubo alejado, el anciano vigilante penetró en las habitaciones posteriores y poniendo al descubierto un teléfono que ocultaba detrás de un cuadro, llamó.

Poco después, la voz áspera de Zenker se captaba desde el otro lado del hilo.

—¿Qué sucede, Jim?—pregunto.

—Oiga, jefe: no sé si habrá sido una casualidad o no, pero como mi misión es esa, se lo comunico. Hace un momento, ha cruzado por delante de la villa un caballero muy elegantemente vestido, que al hallarse a la altura de la tapia ha echado varios vistazos al edificio y ha continuado su camino sin pararse ni volver la cabeza. Quizá haya mirado por curiosidad, pero por si así no ha sido se lo comunico.

—¿Qué señas tenía?

—Alto, fuerte, de rostro tostado, ojos negros y expresivos, manos grandes y algo rudas. Parecía un atleta.

—¿No hay forma de poderle alcanzar?

—No creo. Cruzó la Avenida y yo no me atreví a moverme de aquí.

—Gracias, Jim. Vigila con todos tus sentidos por si repiten la maniobra.

Zenker se retiró inquieto. Las señas del paseante coincidían con las de Texas, pero el indicio era tan vago, que no se atrevía a sacarle consecuencias. Serían muchos los que distraídamente mirasen hacia la villa y no era cosa de tomar los dedos como huéspedes, sin fundamento.

Pero como se sabía amenazado de algo serio, no echó en saco roto la advertencia y tomando el teléfono, llamó a Howard.

—Ven por la puerta secreta—dijo. —Tengo que hablar contigo.

Cuando el sectario acudió al despacho, Zenker rudamente le advirtió:

—Necesito que busques seis u ocho hombres decididos y bien armados y que te recluyas con ellos en el pabellón de la salida secreta. No os moveréis de ahí sin mi autorización y dormiréis vestidos. Si en algún momento oís vibrar el timbre de alarma, a todo correr cruzáis el túnel y os presentáis revólver en mano en la villa.

—¿Espera usted visita?

—Pudiera ser y por si se presenta, he de advertirte que se trata de algo jamás conocido. Serán cuando menos dos demonios manejando el revólver.

—¿Dos nada más?

—Pon que serán dos docenas. Su valor es equivalente.

—Me asusta usted, jefe—dijo irónico Howard—. Yo no me tengo por cobarde y apenas si llego a tres.

—Bien, basta con lo dicho. ¡Ah!, si se presentan y alguno tiene la fortuna de clavarles una bala donde no les sea fácil volver a respirar, tendrá quinientos dólares de premio.

—Bueno, me hacen mucha falta. Espero ganarme cuando menos quinientos si se atreven a venir.

—Me alegraré que no tengas que conformarte con dos onzas de plomo. Date prisa, aunque si algo sucede no creo que tengan la osadía de intentar el asalto de día.

Howard se retiró preocupado. Su jefe parecía tener miedo y no se explicaba cómo podía suceder, cuando era el amo de cientos de individuos temerarios y valientes.

Zenker, no conforme con esto, llamó a Jim para ordenarle que aquella noche vigilase atentamente por si veía algo sospechoso, le avisase inmediatamente.

Más tarde, se dedicó a maniobrar en unos cables invisibles que tenía instalados en las habitaciones, conectados con las ventanas para ser avisado en caso de alarma y posteriormente, como última medida, bajó al jardín y se pasó un buen rato manipulando en algo que tenía preparado junto a la pequeña puerta que como salida de servicio tenía la finca.

Después de estas precauciones, podía meterse tranquilo en el lecho, con la seguridad de que si se intentaba un asalto a la villa, mucho antes de que nadie tuviese tiempo de penetrar él podría ponerse a la defensiva y en caso de peligro, abandonarla por la puerta secreta, que tardarían mucho en descubrir.

Hasta las doce, estuvo levantado vigilando tras los cristales con las luces apagadas, pero no consiguió descubrir nada sospechoso. Varias veces llamó por teléfono a Jim para preguntar, obteniendo el mismo negativo resultado y por fin, con los nervios demasiado excitados, decidió tumbarse sobre el lecho, sin despojarse de la ropa.

Durante la noche, despertó varias veces consultado ansiosamente el reloj. Las dos y las tres y media de la mañana transcurrieron con la misma calma letal y poco a poco, fue renaciendo en él la confianza.

Por fin, cuando el día empezaba a romper, decidió acostarse definitivamente. Estaba convenciéndose de que todo había sido una falsa alarma, aunque no estaba pesaroso de las precauciones adoptadas.

Capítulo V

Un asalto trágico



EXAS no era un inconsciente precipitado, que hacía antes todas las cosas al albur, sin tomar medidas imaginables para no fracasar. No estaba exento de sufrir decepciones, pero éstas sólo debían surgir de lo imprevisto y si alguna vez obraba con precipitación fiando todo al azar, era porque así lo exigían las circunstancias.

Aquella noche, pudo organizar todo para llevar a cabo su proyecto de asalto, pero desistió. Estaba seguro de no haber sido observado vigilando la villa, pero no podía afirmarlo y quería dejar pasar algún tiempo para confiar a su enemigo.

Por otra parte, estaba esperando un gran aliado para el ataque. El tiempo estaba amenazando lluvia y confiaba en que no tardando mucho, una próxima noche el cielo se cubriese de nubes que le permitiesen acercarse a la villa con las máximas garantías de no ser descubierto antes de aproximarse a ella.

Confió sus proyectos a Loy, discutió con él las posibilidades del ataque y el hábil policía estuvo de acuerdo con él en esperar a ver si las condiciones atmosféricas les ayudaban con eficacia.

Mientras, preparó a sus hombres. Contaba con seis elementos decididos, que unidos a Texas, Nino y a él eran nueve, fuerza muy respetable para hacer frente a un buen grupo de “hijos del Diablo”, si Lane contaba con una guardia especial para protegerle.

Por fin, dos tardes después, el cielo se cubrió de plomizos nubarrones y una lluvia pertinaz empezó a caer con insistencia.

Cuando llegó la noche, el cielo era una masa negra vertiendo agua sin cesar y fuera de las zonas iluminadas de los lugares céntricos, las calles aparecían en completa penumbra y mucho más aquellos sitios que por carecer de urbanización y comercio, sólo gozaban de la iluminación que podía irradiar de las villas aisladas entre sí.

Aquella noche, a las once, Texas, en unión de Nino, se hallaban reunidos en las oficinas del falso agente. Loy había retenido a sus hombres a los que había armado convenientemente y todos esperaban tranquilos la orden de salir a la Avenida y cruzar al otro lado de la villa para asaltarla.

Estos sucesos resultarían algo exóticos en una ciudad como aquella del Este, pero se sabían respaldados por el Gobierno y tratándose del "Ku-Klux-Klan", todos los métodos eran aprobables.

Hasta cerca de las dos de la madrugada, Texas y Loy, tras el visor del extraño aparato, estuvieron atalayando los balcones y ventanas de la villa tratando de descubrir algo a través de ellos, pero sólo consiguieron observar luz en el despacho de Lane hasta las doce, hora en que el resplandor desapareció y la finca quedó envuelta en sombras y silencio.

El portero, recluido en su caseta, también tuvo encendida su lámpara hasta esa hora y después, su pabellón quedó tan obscuro como el resto de la mansión.

A las dos, Texas se apartó del visor diciendo:

—Vamos, creo que es el momento más adecuado.

Uno a uno para no llamar la atención se fue deslizando de la oficina y repartiéndose por la avenida. Todos llevaban dos excelentes revólveres en los bolsillos de sus chaquetas y una buena cantidad de proyectiles de repuesto.

Nino, además, poseía un cuchillo impresionante y un rollo de cuerda atado a la cintura debajo de su ropa. Unos por la parte baja y otros por la alta, rodearon la villa coincidiendo a un tiempo junto a la tapia. Cuando llegaron a ella, tuvieron que llamarse en voz baja para reconocerse, pues entre el nublado y el agua que caía, la obscuridad era casi absoluta.

Texas reunió a todos junto a la puertecilla y dijo:

—No me decido a forzar esa puerta por si hay alguna sorpresa preparada detrás. En cambio, traigo en este paquete algo que nos facilitará el camino.

Extrajo de debajo de su chaqueta un paquete de regulares dimensiones y desliándolo, mostró a Loy una fina escala de seda rematada por dos garfios de aluminio. La escala extendida poseería un par de metros de largo y resultaba suficiente para escalar el muro.

El policía masculló:

—Es usted un diablo, Texas. Piensa en todo.

—Es lo más silencioso. Luego dentro acaso podamos maniobrar con menos precauciones.

Se arrimó a la tapia y lanzó diestramente la escala. Un pequeño ruido metálico muy débil anunció que los garfios habían tocado el remate y la escala quedó tensa, pendiente en el vacío.

Texas se aferró a ella diciendo:

—Voy a subir el primero. Ustedes me siguen y procuren

mantenerse en el bordillo hasta poder retirarla y dejarla pendiente del otro lado. Nadie puede predecir lo que puede suceder y hay que dejar preparada la retirada.

Desapareció en las sombras y cuando la escala quedó fláccida, Nino le siguió.

Texas se había corrido a dos metros del bordillo a caballo sobre él para dejar espacio a sus compañeros y cuando todos se encontraron en la tapia, dio orden de volver la escala al interior.

Uno a uno, fueron descendiendo con infinitas precauciones y los revólveres empuñados. No sabían qué les esperaba en aquel lado y toda precaución era poca.

Cuando se encontraron sobre el encharcado piso del jardín, avanzaron formando una cadena. Para no separarse se habían cogido del vuelo de sus chaquetas y Texas a la cabeza del cordón, avanzaba procurando distinguir algo en las tupidas sombras.

Por fin, descubrió la pequeña puerta que daba entrada a la villa por la espalda y, por un momento, se quedó dudando, pero acuciado por un sexto sentido, optó por no intentar penetrar por allí.

—Prefiero una ventana—murmuró. —Esto me parece demasiado fácil.

Siguió a lo largo de la pared hasta situarse debajo de uno de los vanos, y suavemente ordenó a Nino:

—Prepárate, que voy a subir sobre tus hombros.

Nino se afianzó junto a la pared y Texas saltó sobre los ciclópeos hombros del mejicano, estirándose hasta alcanzar el reborde de una de las ventanas. Tenía corrida una persiana, de manera que encajaba en la jamba, pero con la punta del cuchillo de Nino consiguió forzarla, corriéndola con suavidad hacia arriba. Pronto quedó expedita la entrada. Un vano negro como la noche se abría ante ellos, brindándoles el poder penetrar.

Texas se quedó dudando. Le parecía que todo había resultado demasiado fácil tratándose de un hombre de la calidad del habitante de la villa y temía que todo estuviese así arreglado para tenderles una emboscada.

Pero como no se podía detener ante la duda, realizó una flexión y saltó al interior.

Nino sirvió para que sus compañeros subiesen sobre él, y cuando quedó el último, se deslió la cuerda de la cintura, la lanzó a la ventana y ayudado por todos sus compañeros pudo ascender trepando con los pies apoyados en la pared y las manos aferradas a la cuerda.

—¡Maldita sea Sonora!—rezongó—. No sirvo para mono de circo. Me ha costado más trabajó subir que sostener una batalla con una cuadrilla de cuatreros.

Se encontraban en una estancia de regulares dimensiones, en la que casi se apiñaban, y Texas, palpando, descubrió el cerrado vano de una puerta.

—Bien—murmuró—, ahora no hay más remedio que intentar abrirla o no habremos conseguido nada.

Tanteó la puerta que parecía cerrada con llave, y como no viese la manera de forzarla, susurró:

—Bajen esa persiana un momento y enciendan un fósforo.

La cerradura no era nada sólido ni complicado. Bastó manipular un poco en ella con el sólido cuchillo de Nino para forzar el paso.

Con suavidad, fue abriendo la hoja, pero, al terminar, quedó tenso escuchando.

—¿Qué sucede? —alarmado.

—Pues, que juraría haber oído vibrar un timbre lejano.

—¿Está usted seguro?

—Casi; sería algo que haría inútil toda precaución. Tengo que cerciorarme o nos cazarán como a ratas,.. Nino, enciende otro fósforo.

El mejicano obedeció y Texas repasó la puerta. Al hacerlo, emitió un juramento.

—¡Por el infierno! Cuidado, el revólver por delante. Aquí veo un cable que sólo puede servir para lanzar un aviso de alarma.

Apagó la cerilla rápidamente y obligó a sus compañeros a arrojarse al suelo para que avanzaran arrastrándose como ratas; si trataban de sorprenderles con alguna descarga, tenían que evitarla hasta saber con qué clase de enemigos tenían que habérselas.

Habían avanzado un par de metro por el tubo de un estrecho pasillo, cuando del fondo brotaron varios fogonazos seguidos del estruendo de las detonaciones. Pero la prudente precaución de Texas evitó que fuesen cosidos a tiros. Los proyectiles, demasiado altos, fueron a clavarse en la pared fronteriza sin herir a nadie, y Texas se apresuró a contestar, siendo imitado por sus compañeros.

Alguien emitió un rugido de dolor, y el intrépido Jim, despreciando el posible peligro, barrió de nuevo a tiros el estrecho pasillo, ordenando:

—¡Adelante!

Las mortales descargas de once hombres de aquellos no podían resistirse intrépidamente de frente en un lugar tan estrecho como aquel y los invisibles tiradores se veían obligados a replegarse en la

obscuridad, pero Texas, en su avance, tropezó con una puerta, que cedió, al tiempo que pisaba algo blando. Al abrir se arrojó al suelo. Nuevamente dispararon sobre él, sin herirle, y contestó. Entonces distinguió, al reflejo de una lámpara suspendida del techo en una habitación fronteriza, varias sombras que desaparecían velozmente.

Ahora había luz y podía maniobrar con más libertad, aunque también resultaba más peligroso para ellos, pero, rabioso, se lanzó hacia adelante disparando sin alcanzar a nadie.

La puerta por donde había huido quedó abierta, pero antes de penetrar por ella, asomó el brazo y disparó. Varias detonaciones respondieron al disparo.

Tenían que seguir avanzando a toda costa y, ordenando a sus compañeros que concentrasen el fuego en todas direcciones, consiguieron ganar la estancia, que era una especie de hall espacioso, con diversas salidas. El problema se les presentaba en elegir aquella por donde habían huido sus enemigos. Por otra parte, desconociendo el interior de la villa, ignoraban si al adentrarse por una podían ser copados por la espalda si los sectarios volvían por otra de ellas, y ante el peligro ordenó:

—Nino, sígueme; ustedes, repartiéndose por esas dos salidas, quizá nos encontremos en algún sitio de la casa. La puerta elegida por Texas se hallaba cerrada, y el mejicano, después de maldecir de todos los Estados de Méjico, se lanzó como un elefante enfurecido sobre la débil hoja con tal ímpetu, que al troncharla con su enorme cuerpo cayó a tierra envuelto en astillas.

Aquel percance le salvó, porque varios disparos silbaron a través del hueco sin herirle.

Desde tierra disparó, y Texas, creyéndole herido, saltó a su vez, pero Nino gruñó:

—Cuidado, *manito*, que me has clavado un tacón o así en un hombro.

—¿Te han herido?

—¡Que va, no saben tirar! Como todos esos sapos malditos sean igual, no son capaces de clavar una bala en una montaña, creo yo.

Un nuevo pasillo se abría ante ellos, y Texas se adelantó al galope para alcanzar a los fugitivos. Nino trató de seguirle, pero, más pesado, se retrasó.

Avanzaba jadeante, cuando del hueco de una estancia de un lado del pasillo vibró un disparo. El proyectil pasó rozándole de tal forma, que sintió como si le tirasen de un mechón de su crespa cabellera.

Pero el mejicano, impetuoso, saltó como una fiera, atenazando

un brazo que se disponía a disparar de nuevo. Su presión bárbara obligó al individuo a soltar el revólver, emitiendo un gruñido de dolor, al tiempo que la otra manaza de Nino buscaba su cuello.

Sólo encontró un obstáculo de tela burda que protegía la cabeza y el cuello de su agresor, pero no fue obstáculo para que le pudiese afianzar reciamente.

Pero el atacante no era un ser débil y feble, sino un gigante como él, y, pronto, reaccionando, se revolvía, administrando a Nino un terrible puntapié en una pierna, que estuvo a punto de obligarle a soltar su presa.

El mejicano lanzó una terrible maldición y, a brazo partido, luchó más que con un hombre, con un fantasma. Vestía un sayal y un capuchón blanco, que ocultaba sus facciones, y aquel ropaje entorpecía más que facilitaba sus movimientos.

Ambos dieron con sus cuerpos en tierra, tratando de aferrarse mutuamente por el cuello. Eran dos colosos de fuerza excepcional, que daban a la lucha un carácter dramático.

Nino, rabioso, barboteaba:

—¿Que te crees, hijo de Satanás, que yo soy un copetín de crema o así? ¡Maldito sea todo el Ku-Klux-Klan habido y por haber! ¡Te voy a hacer comerte esos trapajos que llevas en tu maldito rostro!

El sectario no contestaba. Jadeaba como un toro y sólo trataba de tapar la boca de su enemigo para asfixiarlo. Pero Nino se resistía y, cada vez que le era posible librar uno de sus potentes brazos de la dura presión de su enemigo, le *ases*taba un terrible puñetazo donde mejor podía, gruñendo.

—¡Toma, asqueroso sapo, trágate esa máscara!

Los dos rodaban por tierra enlazados como pulpos y ninguno gozaba de espacio ni tiempo para poder usar un arma que decidiese la pelea.

Por fin, Nino pudo apelar a una maniobra. En un momento que le fue factible coger bien a su enemigo, le lanzó como una tromba contra la pared. El delgado tabique retembló rajándose por la fuerza del impacto y el sectario que había pegado terriblemente con la cabeza en el tabique quedó como un pelele en tierra, mientras Nino se levantaba, jadeante, buscando el revólver.

—¡Maldito coyote! —murmuró—. ¡En mi vida he luchado con un buitre qué tuviese más duras las garras! ¡Por poco me ahoga!

Se irguió llevándose las manos al cuello, y buscando por el suelo, descubrió su revólver y el del caído, que habían ido a parar a varios metros de distancia en el fragor de la lucha.

Ya más sereno, escuchó. A su izquierda, por donde habían

desaparecido los hombres de Loy, captó algunos disparos, pero esto no le interesaba. Había perdido de vista a Texas y se sentía inquieto al saberle solo y sin su ayuda.

Como loco, corrió por el pasillo que se doblaba en un violento recodo, y cuando alcanzó el lado transversal, captó el griterío de una terrible lucha al fondo, en una estancia que parecía iluminada a través de la puerta a medio abrir.

Como un lobo, saltó ganando los varios metros del pasillo en cuatro zancadas, y cuando alcanzó el vano, descubrió en el suelo un amasijo de sayones que se debatían fieramente sobre algo que tenían aprisionado debajo de ellos.

Nino alcanzó a distinguir una pierna que creyó reconocer como propiedad de Texas, y adivinando que era él y que habían caído en una celada, sacó su terrible cuchillo del cinto, pues no se atrevía a usar el revólver por si hería a su jefe, y como una fiera, cayó sobre ellos clavando tan aguda arma donde el brazo caía.

Rugidos impresionantes de dolor brotaron de la masa humana. Alguien se revolvió también con un cuchillo, intentando herirle, pero Nino estiró su brazo y clavó el cuchillo en un lugar donde debía haber una garganta; luego se revolvió contra los que aún luchaban en tierra, quienes trataban de erguirse para hacer cara a aquel nuevo y terrible peligro, y cuando al fin cesaron en la presión, descubrió a Texas en tierra, moviéndose con trabajo.



...el mejicano, impetuoso...

Nino, creyendo que le habían mal herido, arrojó el cuchillo sobre uno de los sectarios, dejándoselo clavado en el pecho y, usando el revólver, descargó los proyectiles que le quedaban en la recámara. Cuando el último disparo hubo vibrado, de seis sectarios que tenían aprisionado a Texas, ni uno solo se encontraba en condiciones de oponer resistencia alguna.

El cuadro era terrible e impresionante, y Jim, levantándose con trabajo, exclamó:

—Gracias, Nino; has llegado en el momento más culminante. Ya había sentido por dos veces la rozadura de un cuchillo en mis

carnes y creí que no habría fuerza humana que me salvase.

Y al decir esto le mostraba la ropa rasgada en diversos lugares de su cuerpo, acusando el fino corte del cuchillo. Nino rezongó:

—Caray, *manito*; no lo he pasado yo mejor allá atrás. Me sorprendió un *pringao*, ¡maldito sea su retrato!, y me disparó un tiro o así en la cabeza que me parece que me peló parte del cabello. Hemos estado jugando un ratito a pelearnos, hasta que dejé al *pringao pegao* a la pared buscándose los sexos. Por eso llegué tarde.

Texas echó un vistazo a los caídos. Ninguno constituía peligro ya, y nervioso por la suerte que podían haber corrido Loy y sus hombres, ordenó:

—Vamos, Nino; hay que ayudar a los nuestros; no sé dónde andan ni la clase de enemigos que tendrán enfrente.

—¡Oh, esto parece un nido de sapos con capucha! A estos malditos gusanos de seda, ¡así explote Sonora!, les voy a sacar yo del capullo a tiros de revólver.

Texas recuperó el suyo y se dispuso a salir en el momento en que captó la voz de Loy que decía:

—¡Por aquella puerta!... ¡Seguirme... que se escapa!

Texas y Nino salieron al pasillo, dando gritos para advertir a Loy de su presencia, y retrocediendo el camino andado, se reunieron con el policía que corría por unas estancias que se abrían de frente unas a otras.

Una silueta medio borrada por la escasa luz reinante se había esfumado a través de varias puertas, que iba cerrando de golpe al traspasar los vanos, y Texas, en unión de Loy y dos policías más que le seguían, corrían como gamos, tratando de alcanzar al fugitivo.

—¿Y el resto de sus hombres?—preguntó Texas sin dejar de correr.

—No sé. Esta casa es un laberinto. No hay más que puertas y pasillos. He salido tres veces al mismo sitio, persiguiendo fantasmas.

—Yo he dejado media docena en una y ésos no son fantasmas—dijo Nino—, creo yo.

Por fin se encontraron en un salón, en el que había tres puertas, del cual estaba vacío.

Los cinco se detuvieron perplejos. El fugitivo había cruzado aquella puerta momentos antes y, sin embargo, no se encontraba allí.

—¿No nos habremos equivocado? —preguntó Loy.

—No—aseguró Texas—. Yo le vi penetrar aquí.

—Pues por el aire no ha huido, me parece a mí—razonó Nino—.

Esta ratonera debe tener alguna salida oculta.

Uno de los policías se adelantó, deteniéndose ante un enorme espejo de dos metros de alto. El espejo parecía separado un poco de la pared por un borde, y tirando de él gritó gozoso:

—¡Aquí hay una puerta secreta! ¡Vean!

La puerta poseía una honda muesca con un pasador para tirar de ella y que no sobresaliese dejando que el espejo pudiese encajar perfectamente en el vano. Sin duda, con las prisas, el huido no tuvo tiempo de encajar el espejo.

El policía, impetuoso, tiró del pasador, atrayendo la hoja de la puerta hacia él, pero en el instante en que la hoja se abría, vibró una estruendosa detonación, algo explotó al otro lado con fuerza aterradora y el infeliz, lanzado hacia atrás como por la boca de un cañón, fue a chocar contra la pared contraria, quedando muerto en el acto.

Enorme cantidad de astillas volaron, hiriendo levemente al resto de sus compañeros, las paredes se agrietaron, parte del techo se derrumbó con estrépito envolviéndoles entre nubes de polvo y cascote, y una enorme llamarada brotó del vano abierto, amenazando con en volverles trágicamente.

Los cuatro, pálidos y desencajados por el pánico a morir sepultados en aquella estancia, retrocedieron dando gritos, al tiempo que algunos de los policías, *dise*minados por la villa, acudían al ruido de la explosión, y a todo correr buscaron la salida.

Alguna materia inflamable depositada detrás de la puerta había hecho que el incendio se corriese con vertiginosa velocidad. Las llamas se expandían por todas partes y no tardando mucho, el edificio sería pasto del incendio,

Todos alcanzaron el jardín, pero al hacer el recuento, se observó que faltaban tres hombres. Éstos debían haber caído cumpliendo su terrible misión y ya no había modo de pensar en rescatar sus cuerpos, que estarían retorciéndose en aquel incipiente brasero.

Capítulo VI

Una reacción terrible



UANDO a todo correr, temiendo que aquella explosión pudiese repetirse de nuevo con más virulencia, alcanzaron el jardín y treparon por la escala, se encontraron sorprendidos al observar que un gran contingente de público, desafiando la fría lluvia que caía pertinaz, se había congregado a ambos lados de la villa, contemplando el siniestro que avanzaba impetuoso y que, no sólo el público habíase sentido atraído hacia allí, sino que unos cuantos policías se disponían a penetrar en la villa a investigar lo que en ella estaba sucediendo.

Se habían cruzado demasiados disparos para no llamar la atención en una ciudad urbana, y así, cuando saltaron a la calzada, se vieron encañonados por unas cuantas pistolas, con una orden conminatoria de levantar los brazos y darse presos.

Texas, obedeciendo, se adelantó preguntando:

—¿Quién es el jefe que manda esta patrulla?

Un agente alto y fornido afirmó:

—Yo soy el jefe, ¿qué desea?

Texas exclamó:

—Haga el favor de enfocar aquí su linterna; tengo algo que mostrarle.

El policía obedeció y Jim le mostró un documento que el otro examinó atentamente. Al terminar su lectura, saludó rígidamente diciendo:

—Estoy a sus órdenes, capitán.

Jim, señalando a sus compañeros, advirtió:

—Todos pertenecen a, la policía especial del Gobierno y son ayudantes míos, Servicio Secreto del Estado.

—¿Puedo hacer algo en su ayuda?

—Poco. Ordene que vigilen y si alguien intenta escapar que sea detenido. No sé si aconsejarle que alguien penetre en ese brasero a ver si localiza a algún herido. Desde luego, salvo dos que pertenecen a nuestra fracción, los demás deben ser detenidos y vigilados estrechamente. Tenga en cuenta que son elementos pertenecientes al Ku-Klux-Klan.

El inspector silbó de una manera peculiar y comentó:

—Ya me extrañaba a mí que en un lugar como éste se organizase porque sí un fregado de esta naturaleza. Veremos qué se puede hacer.

Dio órdenes enérgicas a sus hombres y media docena de ellos asaltaron intrépidamente la villa, derribando las puertas y repartiéndose por el interior, mientras el público, estacionado frente al edificio, era replegado hacia atrás para que no estorbase los trabajos ni se filtrase donde nadie le llamaba.

Los comentarios eran para todos los gustos, pero como nadie sabía el origen del suceso, cada cual inventaba uno a su capricho.

Texas, Nino, Loy y sus compañeros, vigilaban a su vez en derredor a la villa siniestrada. Alguien debía haber escapado con vida, y, sin embargo, nadie trataba de salir de aquel infierno de llamas, lo que estaba afianzando a Texas en su creencia de que la villa, poseía una salida oculta que hubiese deseado conocer.

Dos policías se asomaron a una ventana, solicitando ayuda. Habían descubierto varios cuerpos y necesitaban quien les ec*hase* una mano para sacarlos al exterior.

El inspector envió cuatro hombres y, poco después, reaparecían con dos bultos que depositaron en el jardín para regresar al interior en busca de más.

Así, en pocos minutos, dejaron seis cuerpos tendidos, al parecer sin vida.

La gente sufrió un terrible sobresalto al contempladlos a la luz del incendio. Todos vestían un amplio sayal negro y un capuchón que ocultaba sus facciones. El descubrimiento fue suficiente para adivinar que la mano de la terrible secta estaba tendida en aquel suceso y una terrible reacción se apoderó de la masa, que pretendía asaltar el jardín para acabar con la vida de los sectarios, si es que aún conservaban algún átomo de ella.

En el ánimo de todos estaba el recuerdo de terribles escenas de pillaje y *ases*inato llevados a término por la sanguinaria banda, y pedían que les dejasen arder en aquel poderoso brasero.

Gracias a que el retén fue reforzado con nuevos elementos, que acudían atraídos por el resplandor del incendio, se pudo evitar que el público tomase parte en la represalia, pero los gritos de “que mueran achicharrados”, unidos a silbidos estridentes, amenazaban con atraer allí a toda la población.

Texas se mostraba inquieto por las derivaciones que el asunto estaba tomando. No ignoraba que Richmond había sido la sede del Gobierno esclavista durante la guerra y, por ello, debía albergar un

buen número de sectarios que podían constituir un peligro positivo.

Alarmado, hizo objeto de sus temores al inspector, quien, cauto y previsor, hizo avisar a un cuartelillo cercano para que enviase un retén de caballería que pudiese, en todo momento, garantizar el orden. Los policías que trabajaban denodada y peligrosamente en el interior de la villa, se vieron obligados a suspender su rebusca, pues el incendio avanzaba amenazando con desplomar parte del edificio.

Habían conseguido localizar seis sectarios y dos de los policías caídos. Éstos se hallaban heridos, uno de ellos de gravedad.

Inmediatamente se procedió a intentar algo para salvar sus vidas. Había que improvisar parihuelas para trasladarlos al puesto de socorro más cercano, y con trozos de madera del edificio y capotes de los policías, se empezaron a fabricar los empíricos aparatos de socorro.

Cuando se encontraban sumidos febrilmente en esta tarea, se captó el galope de un grupo de caballos que avanzaba por la avenida entre las sombras, y el inspector dijo:

—Debe ser el retén que ha pedido de refuerzo.

Pero, súbitamente, la multitud lanzó un unísono alarido de terror y, como presa de la más alta locura, se disgregó a todo correr, emitiendo alaridos de pánico.

Texas y sus hombres, alarmados, se volvieron, empuñando los revólveres, y en aquel momento el grupo de jinetes penetró como una tromba en la zona luminosa, atropellando a los rezagados.

Al tiempo, vibraron siniestramente varias detonaciones y algunos curiosos cayeron a tierra revolcándose en sangre al ser alcanzados por disparos y caballos.

Texas lanzó un rugido de furor y fieramente disparó sobre el grupo de jinetes. Éste, compuesto de docena y media, aparecían vestidos con el clásico sayal y el capuchón, portaban a la espalda los rifles y algunos esgrimían en las manos unos flexibles y largos látigos, que manejaban con maestría, flagelando a los aterrados espectadores hasta arrancarles aullidos de dolor y de desesperación.

Algunos de los primeros jinetes cayeren de los caballos alcanzados certeramente por las balas de Texas, y el resto de sus hombres se atrincheró como pudo para contener aquella furiosa masa de fanáticos, que disparaban con saña y pugnaban por abrirse paso hasta el jardín del hotel, con objeto de rescatar los cuerpos de sus compañeros caídos.

Se entabló una verdadera batalla que terminó por poner en fuga a los curiosos, quedando sólo en el campo de la lucha los sectarios y los policías.

De éstos, habían caído también algunos, pero como peleaban a pie estaban en desventaja, pues los sectarios, diestros en el manejo de sus monturas, se movían con celeridad pasmosa, evitando recibir muchos impactos.

Aun acudieron otros diez o doce de refuerzo. Debían estar organizándose rápidamente para engrosar la lucha, y Texas temía que se congregasen en un número tan crecido, que no diesen margen a luchar con ventaja ni a que los ansiados refuerzos llegasen.

La batalla se hallaba casi indecisa y los sectarios habían conseguido situarse cerca del jardín, intentando penetrar en él, cuando un nuevo galope hizo retumbar la avenida. Texas, que en unión de sus compañeros se había tendido sobre el mojado piso para mejor burlar los sañudos disparos de sus enemigos, trató de echar un ansioso vistazo hacia aquella parte. Si el Ku-Klux-Klan recibía nuevos refuerzos, podían considerarse perdidos, pues no habría forma de resistir aquella ciega tromba.

Pero, súbitamente, los jinetes enmascarados se vieron acometidos por la espalda por un fuego intenso que empezó a diezmarles. El ansiado retén de caballería había llegado en el momento crucial de la pelea y los sectarios, después de intentar hacerles cara, comprendieron que era un suicidio y trataron de huir abandonando la lucha.

Algunos lo consiguieron, pero otros cayeron abatidos por los certeros disparos de los agentes y, momentos después, el campo de la lucha había quedado limpio de enemigos peligrosos, mientras en tierra yacían hasta una docena de ellos caídos.

La población se había alarmado. Todo el vecindario se encontraba en las calles, pululando por los alrededores, para comentar con indignación el trágico suceso, y hubo necesidad de movilizar toda la policía para vigilar el orden y evitar que se produjesen nuevos y desagradables sucesos.

Ya seguros de no poder ser sorprendidos, los policías se dedicaron a recoger a los heridos y trasladarlos al hospital fuertemente custodiados. Se había establecido un nutrido retén de fuerza bien armada para custodiar el edificio, y no se permitía el paso a él a persona que no llevase una autorización en regla.

Mientras los heridos eran retirados, un retén de bomberos había acudido al lugar del siniestro, tratando de sofocar el fuego, pero pese a sus esfuerzos, cuando el día amaneció tristón y lluvioso, casi todo el edificio se había derrumbado.

El capataz del retén que danzaba peligrosamente por entre las

ruinas examinando los restos de la villa, descendió peligrosamente entre un cúmulo de maderas requemadas y, acercándose al inspector y a Texas, advirtió:

—He descubierto algo curioso. Al derrumbarse una pared ha dejado al descubierto una estrecha escalera que desciende hasta una galería bajo tierra. No la he seguido. Si quieren que la exploremos...

Texas exclamó:

—Ahora mismo. Ya suponía yo que ese sapo tenía bien organizada la retirada para caso de peligro.

Ganaron el montículo de tablones y llegaron a una estancia del primer piso, de la que apenas quedaban unas vigas en pie. El piso, al hundirse, había dejado al descubierto una pina escalera de ladrillo húmedo, y sin vacilar, Texas avanzó por ella, revólver en mano, seguido de sus compañeros y del inspector.

La escalera moría en una profunda y estrecha galería, por la que había que caminar encorvados, La galería, en descenso, se hacía recta más tarde, y, a la luz de la linterna del inspector, la siguieron con precaución.

Después de recorrer una buena cantidad de metros por debajo de tierra, se detuvieron al pie de otra escalera, donde moría el pasadizo. Texas hizo apagar la linterna y, decididamente, ascendió en primer término con el arma empuñada.

Pero, contra sus temores, nadie salió a su paso, y así, cuando terminó la ascensión, se encontró en un cobertizo de regulares dimensiones, completamente vacío. La puerta se hallaba cerrada, y con precaución empujó la hoja, situándose fuera del vano por si era recibido a tiros, más tampoco esta vez sufrió agresión alguna.

Cuando salió del pabellón a un pequeño jardín y echó un vistazo en derredor, sonrió con ironía. Se encontraba frente por frente a la espalda de la villa incendiada, en una finca pequeña y rústica de escaso valor.

—Ahora lo comprendo todo—murmuró—. Desde aquí vigilaban, guardándoles las espaldas. Seguramente este sería el cuartel general de sus guardianes, y por eso intervinieron tan a tiempo en la lucha. Creo que no queda nada que hacer, pues el propietario habrá desaparecido.

En efecto, registrada la pequeña finca, no se encontró a nadie en ella. El mobiliario era pobre, escaso y deteriorado para ser abandonado en el momento preciso. Hecho aquel descubrimiento, nada les quedaba por investigar. Por allí debían haber huido los supervivientes de la secta y, en particular, el falso Lane, si no era que había caído en la lucha, cosa que dudaba. Tendría que

examinar el rostro de los heridos para comprobar que sus sospechas eran ciertas.

Dejando al inspector al cuidado de las ruinas, se retiró de allí ordenando a Loy que se llevase a sus hombres a descansar, pues bien ganado se lo tenían.

Acompañado de Nino, que parecía satisfecho de la jornada, pues le había dado gusto al dedo durante la pelea, se dirigió a las oficinas del jefe de policía. Tenía que hablar con él respecto al asunto, pues temía derivaciones graves de lo que había nacido como un suceso aislado y sin importancia.

Durante el camino, el mejicano, que vigilaba ferozmente temiendo que su jefe fuese víctima de una agresión, comentó:

—Así da gusto, *manito*. Hemos despachado unos cuantos sapos con capucha y me gustaría quedarme aquí un par de meses o así para ver si se decidían a salir de sus charcas, ¡maldita sea Guadalajara! Yo no sabía que para andar a tiros tuviesen que vestirse de máscaras.

—Es la forma de no ser reconocidos si salen bien o logran escapar. Además, en un tumulto de masas, no corren el peligro de confundirse y tirotearse unos a otros.

—Bueno, pero creo yo que esos sapos no tienen en la cabeza dos dedos de seso o así, porque, en cambio, parecen un tiro al blanco para que los demás sepan dónde clavar las balas sin equivocarse tampoco.

Texas se entrevistó con el jefe de policía, que estaba alarmado por lo ocurrido, y le dio cuenta de cómo nació el suceso, mostrándole los poderes especiales que poseía para dar la batalla a la secta.

—Está bien, capitán—dijo el jefe—, pero quizá ha olvidado usted que estamos en Richmond, cuna del Ku-Klux-Klan, como quien dice. Esto no quedará así y los elementos de la secta que aquí habitan procurarán, por todos los medios, vengar a sus compañeros caídos.

—Pues tome usted las medidas pertinentes. La lucha se ha entablado con todas sus consecuencias y el Gobierno está decidido a aplastar a esos miserables. ¡Ah! Haga el favor de quedarse con esas fichas. Son elementos sospechosos. Todos ellos visitaban la villa y, por lo tanto, deben estar en combinación con el jefe. Haga detenerlos, si es posible. Creo que alguno, bien acariciado, cantará cosas que permitan dar un golpe severo a la organización.

—Está bien, procuraré hacer lo que usted desea, aunque es fácil que sí han olido el peligro ya no se encuentren aquí.

Pulsó un timbre y dio orden a un inspector para que se ocupase de aquel asunto. Luego preguntó:

—¿Desea algo más de mí?

—Sí; quiero examinar a los heridos que están en el hospital. Quisiera comprobar si el jefe se encuentra entre ellos.

—Pues espere, yo le acompaño.

El jefe de policía salió en unión de Texas, montando en su coche. Nino tuvo que dirigirse a pie al hospital a esperar a Jim.

Los heridos, en cantidad de nueve, habían sido recluidos en una sala interior a la que no era fácil llegar. Dos de ellos habían fallecido y tres se encontraban bastante graves. También se hallaban allí los dos policías de Loy, cariñosamente atendidos.

Texas examinó uno por uno los rostros de los heridos e inició una mueca de contrariedad. Ninguno usaba barba ni se parecía al retrato que de Lane había conseguido tomar Loy.

Texas trató de interrogar a los que parecían menos averiados, pero ellos, fingiéndose más graves de lo que estaban y mirando furiosamente a Texas, se negaron a contestar a sus preguntas.

—Mucho me temo que no les hagamos hablar—aseguró el jefe de policía.

—Si estuviésemos en otra parte, yo poseo remedios maravillosos para hacer charlar a los mudos. Aquí no sé si será fácil emplearlos.

—No estamos en el Oeste, capitán.

—Pero estamos metidos en una lucha en la que se juega la vida y los intereses de miles de personas. Con alimañas asquerosas como estas, no se puede andar con contemplaciones.

Cuando abandonaron el hospital, el jefe preguntó:

—¿Qué piensa hacer usted ahora?

—No lo sé. Se ha roto la única pista que poseía. Habrá que esperar a que hablen esos demonios. ¿Qué se hará con ellos ahora?

—Juzgarles rápidamente. En un asunto como este no se puede perder tiempo.

—Pues me quedaré hasta el juicio.

—¿Se da usted cuenta del peligro que corre aquí? A estas horas la secta entera se estará preparando para deshacerse de usted.

—No lo olvido, pero ya no puedo volverme atrás. Tomaré las precauciones posibles.

—Lo más acertado, creo que es que se declare usted huésped mío. En la Dirección de Policía, rodeado de agentes, no es tan fácil intentar un asalto.

—Bien, acepto el ofrecimiento. Quizá hasta el momento del juicio no tenga otra cosa que hacer.

Regresaron a la jefatura, donde el jefe hizo preparar estancias para Texas y Nino. A éste no le agradó mucho saber que debía pasarse lo menos ocho días recluido como un preso y todo su afán era pedir que le dejasen en libertad de salir a su antojo, creyendo que todos los días, y por cualquier motivo, se iba a poder enfrentar con jinetes enmascarados, luciendo sayal y látigo en la mano.

Texas aprovechó su reclusión para redactar un largo informe, a Snock, comunicándole lo sucedido y sus temores de que las cosas alcanzasen mayor envergadura cuando se celebrase el juicio, que seguramente sería condenatorio, pero el secretario contestó, exigiendo rigidez en la sentencia y el cumplimiento de ella, sin miedo a represalias.

La lucha se había declarado abiertamente y había que dar sensación de autoridad y energía para atemorizar a los pusilánimes y meter un poco el resuello en el cuerpo a los jefes del movimiento.

Como Texas había supuesto, los individuos cuyas fichas había entregado al jefe de policía, no aparecieron por ningún sitio. Temerosos de verse detenidos, se encontraban ausentes y nadie sabía dónde se encontraban, y si lo sabían, lo negaban llenos de pánico.

Capítulo VII

El último recurso



RANSCURRIERON diez días sin que la calma se alterase nuevamente en la ciudad.

Los sectarios parecían haber encajado la derrota con prudencia, pero nadie se fiaba de aquella calma, pues próximamente se iban a desarrollar sucesos de gran envergadura que serían los únicos que diesen la tónica de la resignación o acometividad de “Los hijos del Diablo”.

Las autoridades se estaban preparando para celebrar el juicio contra los prisioneros. Éstos mejoraban rápidamente y, aunque se había pretendido tomarles declaración, ninguno se prestó a ello.

Al contrario, hubo alguno, más imprudente o mejor enterado, que se atrevió a asegurar:

—No estaremos mucho tiempo aquí o en una prisión. Nuestros hermanos no nos abandonarán.

El tribunal estaba ya nombrado, pero se habían reservado los nombres de juez, acusador y jurado. Muchos jueces habían recibido anónimos amenazadores, condenándoles a muerte si dictaban sentencia contra los presos y, de haberse sabido quiénes eran los que iban a componer el tribunal, quizá no llegasen vivos a la fecha del juicio.

Texas se sentía aburrido en su encierro y Nino vociferaba que quería salir a la calle a retar a los sapos encapuchados, a ver si tenían coraje para enfrentarse a él de seis en seis.

El juicio quedó señalado para un viernes, a las diez de la mañana, en el Palacio de Justicia, y aquel día, desde el amanecer, un cordón de policía impresionante rodeaba el edificio y se había situado en lugares estratégicos para impedir cualquier loco intento de salvar a los acusados.

La noche anterior, los seis supervivientes de la lucha habían sido trasladados al Palacio de Justicia en coches con planchas de hierro y rodeados de una enorme escolta. Fue una medida de sorpresa que nadie esperaba, pues se creía que serían trasladados a la hora del juicio.

Algunos se encontraban aún bastante molestos de sus heridas,

habiendo sido transportados con toda delicadeza.

Una cosa era que si se les condenaba a la horca se les colgase lindamente, y otra, que se prejuzgase el fallo, tratándoles desconsiderablemente.

También el tribunal fue depositado en el Palacio la noche anterior. Aunque se desconocía quiénes iban a formarlo, se pretendió evitar un atentado a la hora de trasladarse oficialmente a su destino.

Quien se reservó hasta la hora del juicio para asistir a él, fue Texas. El jefe de policía no acudiría hasta las diez y decidió acompañarle.

Pero dicha autoridad, temiendo que pudiesen intentar algo contra él y su huésped si se habían enterado de que habitaba con él, hizo esperar el coche oficial a la puerta del Palacio y, mientras se verificaba la espera, salió por una puerta de servicio con Nino y sin que nadie se diese cuenta llegó al lugar del juicio.

La entrada a la tribuna pública se había hecho por rigurosa invitación. Éstas se concedían a personal solvente, con objeto de evitar filtraciones peligrosas, no habiéndose verificado a puerta cerrada y sin testigos, por no corresponder al carácter democrático y de libre crítica de la nación.

La tribuna pública estaba atestada de curiosos; unas doscientas personas en total, y en la tribuna de los testigos, aparecían Texas, Nino, Loy, sus ayudantes, el inspector que tomó parte en el suceso y algunos agentes, así como varios ciudadanos que habían sido flagelados a latigazos cuando los sectarios hicieron su aparición delante de la villa.

Los inculpados ocupaban un largo banco custodiado por una docena de imponentes y recios policías armados de revólver. Algunos de ellos aparecían con vendajes, y los seis, inquietos y nerviosos, miraban con insistencia a la tribuna pública, como si esperasen de allí ver surgir su libertad.

Texas, escamado, preguntó al jefe de policía:

—¿Está usted seguro de que todo ese público no es sospechoso?

—No puedo afirmarlo, pero sí puedo decir, que las invitaciones han sido repartidas entre gente solvente.

A las diez en punto, el tribunal apareció tras el estrado. El juez, el fiscal, el secretario, ocho jurados y el defensor nombrado de oficio.

El juez era un individuo alto y delgado, de unos cincuenta años, pero de rostro enérgico y ojos vivaces. Se adivinaba que no era hombre a quien se le podía asustar fácilmente.

La sesión no dio comienzo bajo, muy buenos auspicios. Los acusados, encerrados en un mutismo inquebrantable, se negaban a declarar nada de cuanto se les preguntaba. No podían negar los hechos, pero ninguno los justificaba.

Uno se limitó a decir que estaban al servicio del dueño de la finca, y que cuando un timbre de alarma sonó, creyeron que eran ladrones y les recibieron a tiros. En cuanto al sayal y el capuchón de la secta, se negaron a decir una sola palabra.

El acusador, valientemente, hizo una breve historia de la secta. Les calificó de malos patriotas, de ladrones y *ases*inos; patentizó que no existía idea alguna noble en la organización, sino un espíritu depravado de robo y latrocinio, y calificó a los emboscados jefes, de ser serpientes venenosas que carecían de valor para dar la cara y conducían al matadero y a la horca a fanáticos incultos y analfabetos, que no sabían por qué se exponían ni para qué.

Estimó la secta fuera de la Ley, condenable como cualquier forajido y, aún más, por su cobardía y sus medios reprobables, y solicitó la pena de muerte, colgados de una cuerda, para los seis acusados y cuantos fuesen capturados en idénticas condiciones.

El defensor se esforzó en eximirles de tal pena, alegando que su escasa mentalidad no les permitía discernir hondamente el papel que jugaban. Quiso demostrar que habían sido engañados haciéndoles creer que se defendían contra ladrones y salteadores, y pidió al tribunal benevolencia para ellos.

Estaban próximas a sonar las doce, cuando el presidente se levantó a resumir lo actuado. Con palabra fácil y enérgica, hizo una condenación de la secta, calificándola de la más atroz vergüenza nacional, y afirmando, que por profilaxis social, por decoro y para no servir de mofa al mundo civilizado, debía ser extirpada semejante lacra social, que bajo la tapadera de una idea política ya muerta, estaba actuando como una verdadera y extensísima cuadrilla de forajidos.

Dirigiéndose al jurado, afirmó que solicitaba de él solamente justicia.

"—Este jurado—dijo—no lo componen hombres tímidos, coaccionados por el miedo, sino ciudadanos conscientes. Yo espero de su valentía y ecuanimidad que dicten una sentencia justa, sin dejarse influenciar por nada ni por nadie. Si merecen la horca, que no vacilen en afirmarlo condenándoles a ella, pues una nación como la nuestra sabrá no detenerse a la hora de llevar a término la ejecución sin dejarse intimidar por los que hasta ahora han manejado la coacción y la amenaza para sus infamantes fines."

Texas escuchaba el vibrante discurso del presidente, medio vuelto de espaldas a él, con los ojos fijos en la tribuna pública, donde el auditorio, apretadísimo, seguía con hondo interés el discurso. En las dos puertas laterales de entrada a la tribuna, los dos ujieres parecían dos estatuas y nada turbaba el augusto silencio reinante en la sala.

Jim seguía todo con la vista de un modo mecánico. Los ujieres le habían atraído por su inmovilidad, hasta que de manera inconsciente, observó cómo uno volvía la cabeza hacia el pasillo y se retiraba del vano de la puerta, desapareciendo.

El presidente seguía hablando con voz clara y recia, y Texas esperaba, sin saber qué, pero acuciado por un sexto sentido que le anunciaba que algo se iba a producir en torno a él.

El gran reloj de la sala empezó a desgranar, lentas y perezosas, las campanadas de las doce. La campana argentina, sonora y señorial, iba dejando un eco metálico que se empastaba con el vibrar de la siguiente campanada, y cuando estaba escuchándolas de manera inconsciente, algo raro hirió su retina.

En el vano de la puerta de la izquierda, en la tribuna pública, había surgido a medias, asomando por el filo de la jamba, una figura imprecisa y exótica. Algo así como un fantasma a medio iluminar por la escasa luz que se filtraba por los ventanales, pero la aguda vista del aventurero captó rápidamente lo que se trataba.

Era la capucha blanca de un “Hijo del Diablo”, asomando a medias por el hueco y clavando el brillo, de sus obscuros ojos en la mesa presidencial.

Inmediatamente, una mano se elevó silenciosa empuñando un revólver y el cañón fulguró levemente, amenazando la alta silueta del presidente, que seguía impávido pronunciando su discurso.

Texas, con rapidez pasmosa, se irguió con el revólver empuñado y disparó veloz. La detonación soliviantó a la sala y un griterío de espanto se elevó en ella. Todos se volvieron hacia Texas, y después, elevaron la mirada a lo alto. Arriba se había producido un tumulto terrible. La gente corría asustada hacia el lado derecho, sin atreverse a salir por el contrario, mientras voces de: “El Ku-Klux-Klan!”... “¡El Ku-Klux-Klan!”..., atronaban la sala.

Texas, saltando por los bancos, seguido de Nino, gritó:

—¡Pronto, allá arriba están! ¡He visto un enmascarado!

Parte de los policías de servicio, empuñando las armas, le siguieron para alcanzar la galería, abandonando la sala baja, y en aquel momento, para agravar la confusión, media docena o más de asistentes al juicio, en lugar de huir saltaron al estrado, disparando

contra jueces y jurado y pretendiendo libertar a los acusados.

El jurado se dejó caer al suelo, ocultándose tras las mesas, al tiempo que, bien preparados por lo que pudiera surgir, sacaban a relucir sus armas, y los pocos agentes que habían quedado en la sala baja, se lanzaron intrépidamente con sus porras de goma sobre los audaces sectarios, dispuestos a detenerles.

Uno de los policías cayó atravesado de un tiro y sus compañeros, considerando que las porras eran insuficientes para hacer cara a semejantes fanáticos, apelaron también a las armas, disparando sobre ellos.

Texas se dio cuenta de lo que sucedía abajo, pero, temeroso de que en la parte alta se albergasen más enmascarados, siguió saltando hasta alcanzar la tribuna, en tanto que Nino, a su zaga, mascullaba:

—¡Ira del infierno!... ¡Maldita sea Jalisco! Pero, ¿es que estos malditos mascarones no tienen miedo a nada? ¡Así se los trague la tierra y les sepulte en un barril de alquitrán ardiendo!

Cuando, por fin, alcanzaron la tribuna, ésta había quedado totalmente despejada. Solamente uno de los ujieres, pálido como un muerto, se hallaba cerca ele la puerta izquierda sin atreverse a cruzar, y cuando Texas se puso a su lado, balbució señalando hacia allí:

—Le dejó usted seco de un tiro... Vea, allí está...

Texas se lanzó valientemente, cruzando el vano. El cadáver del sectario se hallaba atravesado sobré la puerta, empuñando aún el revólver que no había tenido tiempo a disparar. Texas miró al fondo del pasillo y echó a correr seguido del mejicano.

Al fondo aparecía el cuerpo del ujier. Le había rodeado al cuello reciamente una cuerda y había muerto estrangulado.

Nadie se veía por allí, y Texas volvió a la tribuna. Desde ella contempló la sala, Los policías habían conseguido reducir a los osados que pretendieron libertar a los presos. Tres se retorcían en tierra, atravesados por el plomo, y cuatro, pugnaban por librarse de las rudas garras de sus aprehensores.

El resto de los agentes se había repartido por los pasillos y resto del edificio, buscando a algún otro sectario que pudiese haberse escondido por allí, y cuando la calma parecía que empezaba a rehacer, el público que había intentado abandonar el edificio saliendo a la calle, se replegaba loco de pánico, gritando:

—¡Están queriendo asaltar el Palacio! ¡No se puede salir!

Texas, al oír al público, corrió hacia la salida, tropezándose en uno de los pasillos con el jefe de policía.

—¿Qué sucede?—preguntó Jim.

—Que se han decidido a dar la batalla a todo evento. No podían consentir que condenáramos a los acusados sin sufrir un duro golpe en su omnipotencia y han movilizado todas las fuerzas de que disponían. Va a ser un día de luto para la ciudad.

Texas no quiso oír más. Ascendió a uno de los pisos, asomándose a la primera ventana que encontró al paso y echó un vistazo a la calle.

La gran plaza parecía un verdadero campo de batalla, que le recordó la toma de la ciudad unos años antes, cuando en la vanguardia de las tropas del general Grant entró de los primeros en Richmond. Docenas de encapuchados, a pie y a caballo, peleaban con los policías que, replegados, disparaban desde las puertas, tratando de evitar que forzasen el paso.

Texas ordenó a Nino:

—¡Pronto! Llama a todos los policías que no hagan falta en la sala. Que suban al piso.

Una docena de agentes aparecieron rápidamente en la galería y Texas ordenó:

—¡A las ventanas! Disparen desde ellas. Es un sitio excelente para diezmarles.

Pronto, más de una docena de revólveres vomitaban plomo desde los vanos. Los sectarios más adelantados empezaron a caer a tierra, acertados con puntería, y el pánico empezó a reinar en sus filas.

Los policías que custodiaban el edificio, al recibir aquella ayuda, se rehicieron, y en una carga impetuosa, avanzaron cargando sobre los enmascarados. Éstos, adivinando que su último esfuerzo había fracasado, iniciaron la retirada.

Texas, seguido del mejicano, se lanzó a la calle en ayuda de los policías, mientras Nino, al descubrir un caballo sin jinete, saltó sobre él y, clavándole los tacones en los flancos, gritó:

—¡Maldita sea Sonora! ¡Ahora van a ver esos sapos con capucha cómo pelea el hijo de mi padre!

Como en sus buenos tiempos de soldado de la Confederación, Nino a todo galope se lanzó tras los fugitivos con los dos revólveres empuñados, disparando fieramente. Los encapuchados aterrados al verle, huían como lagartijas de sus certeros y mortíferos revólveres y a su paso, iba sembrando la muerte y el espanto mientras renegaba:

—¡Toma, cucaracha inmunda, maldita sea tu sangre blanca! Te voy a clavar el capuchón o así en los sesos. ¡Maldita sea

Guadalajara! ¡Toma, tú, sapo envenenado, para que aprendas a manejar un arma! ¡Espera tú, valiente de pega, que te voy a clavar una bala o así en la espalda que no va a haber tenazas que te la saquen de esos podridos huesos!

Y a cada amenaza, sus revólveres tronaban siniestramente y un jinete rodaba por tierra alcanzado con certeza.

Como si fuera la peste, se quedó solo. Nadie osaba atravesarse a su paso y cuando se dio cuenta de que se había quedado sin enemigos enfrente, rezongó:

—¡Qué lástima! ¡Maldito sea todo Méjico! Ahora que se me estaba empezando a calentar la mano...

Volviendo grupas, se dirigió de nuevo al palacio, donde los policías se ocupaban en recoger a los caídos.

Texas al verle gruñó:

—¿Dónde diablos te has metido, pedazo de alcornoque? Me tenías inquieto creyendo que te había sucedido algo grave.

—¿A mí, maldito sea Jalisco? He estado cazando conejos por ahí. Asómate, *manito*, asómate por esas calzadas y verás qué bien se me ha dado. ¡Maldito sea el demonio! Hoy es el único día de mi vida que me he divertido, creo yo, manejando el revólver.

Texas se estremeció. Cuando aquel bárbaro hacía tal afirmación, estaba seguro de que había sembrado una estela de sangre y muerte a su paso capaz de estremecer al más indiferente.

Dentro del palacio, la calma había renacido. Los heridos fueron sacados de la sala y los policías firmes en sus puestos siguieron custodiando a los presos, mientras tribunal y jurado como si nada hubiese sucedido, reanudaba su misión.

El presidente terminó su discurso con la sala vacía, exhortando al jurado a cumplir su deber. Para nada debía influir aquella nueva intentona y los presos debían ser juzgados por sus actos criminales y no por los ajenos.

El jurado tardó cinco minutos en deliberar. Cuando regresó al salón habían dictado su fallo.

—¿Cuál es la opinión del jurado? —preguntó el presidente.

—Que se les ahorque. Son reos de un delito de rebelión contra la Patria.

—Pues que se cumpla la sentencia —afirmó el presidente, levantando la sesión.

Capítulo VIII

Una persecución dramática



OS sucesos del Palacio de Justicia, tuvieron una repercusión durante la noche. Aisladamente, los encapuchados trataron de vengar la derrota cometiendo actos de represalia. Varios transeúntes fueron *ases*inados impunemente, se asaltaron algunas casas y establecimientos, se prendieron fuegos aislados que pudieron ser sofocados al fin, y la policía y hasta la tropa, tuvo que patrullar por las calles para conservar el orden y garantizar vidas y haciendas.

Como nadie se explicase cómo habían podido penetrar en la tribuna los sectarios, se procedió a una minuciosa investigación, averiguándose que varias invitaciones habían sido sustraídas antes de llegar a sus destinatarios y con ellas, fingiéndose los interesados, pudieron penetrar impunemente.

El que intentó *ases*inar al Presidente, había asaltado a un comerciante en su propio domicilio para arrebatarle la invitación y otros, sin necesidad de apelar a tales extremos, las sustrajeron de los buzones.

La autoridad se mostró inflexible. Algunos que habían sido apresados heridos o sin herir, fueron conducidos a la cárcel donde se procedió a encerrarlos en sólidos calabozos para responder ante sus jueces de sus delitos, mientras se preparaba todo para ejecutar a los que habían sido sentenciados.

El jefe de Policía, cambiando impresiones con Texas, afirmaba:

—Ha caído usted en Richmond como la punta encendida de un cigarro en una carga de dinamita.

—Lo comprendo, pero hágase una idea de lo que aquí hubiese sucedido si esa gente organizada y sin inquietudes se hubiese lanzado un día a una acción violenta. Les hubiese cogido desprevenidos, y el panorama me figuro que hubiese sido trágico. Ahora, les hemos obligado a salir de la obscuridad, echar toda la carne en las parrillas y dejarles desarticulados. Dudo mucho de que en esta población pueda intentar nada en mucho tiempo.

—Posiblemente, pero el rescoldo va a ser terrible.

—Procedan a iniciar registros severos. Tengan la seguridad de que desaparecerán de aquí muchos que están comprometidos y eso

ayudará a la limpieza.

—Bien, esta noche a las doce se ahorcará a los condenados. ¿Piensa usted asistir al acto?

—No es muy agradable, pero no quiero marchar sin estar seguro de que les veo estirando cáñamo. Iré.

—¿Y después, cuál es su plan?

—Pues no lo sé. Se me ha escabullido el elemento que más deseaba capturar y se me ha roto la pista.

—Eso es lo peor, pero ¿se ha dado usted cuenta del peligro que va a correr de ahora en adelante?

—Ya he pensado en ello. Supongo que estarán pendientes de mí para despacharme. Cuando se acabe todo esto, veré la mejor manera de burlarles. Tengo que ir a Washington a hablar con el señor Snock.

—Le pondré a usted una buena escolta en el tren. No puedo hacer más.

—Ya estudiaremos eso. En otros lances tan graves me he visto y conseguí soslayarlos: Cuento con un valioso auxiliar en Nino.

—Sí. ¿De dónde diablos ha sacado usted esa pantera?

Peleó conmigo en la guerra. Creo que una noche estropeó siete u ocho cabezas en Sonora machacando unas contra otras y tuvo que venir para acá. Se enroló en nuestras tropas y fue un valioso elemento a mi lado.

—Es trágico. Si le cuento lo que él solo hizo la mañana de ayer, se asusta. Se han recogido quince cadáveres en las avenidas y no sé el número exacto de heridos.

—No me extraña. Le he visto coger a un pistolero de la cabeza y los pies y doblarle como una espiga. Me quiere de tal forma, que se arrojaría desde lo alto de la Casa Blanca si se lo ordenara y no discutiría la orden.

Aquella noche, a las doce, Texas en unión del jefe de Policía, se trasladó a la cárcel donde debía verificarse la ejecución. Como el acto se habla mantenido en secreto, todo el mundo ignoraba que se verificaría con tanta premura.

No fue un espectáculo muy agradable. Seis recios y altos palos rematados por otro transversal, servirían para la ejecución y el verdugo sin demostrar la más leve piedad de ellos, les fue izando con mano segura de los remates, dejándoles pendientes de la cuerda. A las tres de la mañana, Texas se retiraba a la morada del jefe, donde Nino había quedado recluido. Cuando éste se enteró del lugar donde había estado Texas, protestó rabiosamente de que no le hubiese llevado.

—¡Eso no está bien, *manito*, Maldito sea Jalisco! Yo tenía derecho a tirar de las cuerdas, creo yo. ¿Acaso no quisieron hacerme en la tripa más agujeros que un panal? ¡Con lo que a mí me hubiese gustado verles barrer el patio con sus asquerosas lenguas de sapo o así!...

—Bueno va, Nino. Eres un sanguinario.

—Claro y ellos unos angelitos con las alas de color de rosa. ¡Ahora se acabó la diversión!

—¿Tú crees? Ahora puedes irte preparando a hacer testamento. De aquí en adelante, nuestras vidas valer menos que lo que se puede comer un gorrión en un día.

—¿Por qué?

—Porque toda la secta estará acechándonos para cazarnos.

—Bueno va, que prueben, ¡maldita sea toda Méjico! A mí no me caza impunemente ningún reptil asqueroso de esos.

—Ojalá aciertes. Ten presente que mañana nos vamos.

—¿Al rancho?

—No, aún no, y lo siento de veras. Vamos a Washington.

—¿Otro viajecito a la capital?

—Sí. Tengo que hablar con mi amigo Lewis. Acaso él tenga alguna pista que facilitarnos.

—Pues iremos.

—Pero habrá que viajar con cien ojos. Son capaces de volar el tren.

—Pues volaremos si no hay otro remedio.

—Pues vete preparando nuestras cosas para la marcha.

Al siguiente día, en el coche del jefe de Policía y custodiados por buen número de agentes, se dirigieron a la estación a la que llegaron un minuto justo antes de partir el convoy.

Todo estaba preparado para la salida v los policías de la estación tenían orden de no dejar subir al tren a nadie desde el momento que ellos penetrasen en el andén, para evitar que si alguien vigilaba pudiese viajar en su compañía.

El tren arrancó inmediatamente y Texas, desde la ventanilla, saludó efusivamente al alto funcionario policial.

Nino tuvo un comentario para las precauciones tomadas:

—Todo eso es tonto, *manito*. No habrán podido montar en el tren los que pudieran estar en la estación, pero con telegrafiar a otra del camino no nos faltarán visitas para realizar un viaje divertido, me parece a mí.

—Sí, tienes razón, pero también tienen que contar conmigo y contigo. Van a suceder muchas cosas durante el viaje.

—Eso va bueno. Es largo y necesitamos distracción.

Habían emprendido el viaje ya casi de noche y tenían reservados para ellos solos un vagón.

De esta forma, nadie podía introducirse en él y se verían libres de sospechar de gente que a lo mejor nada tuviese que ver con "Los hijos del Diablo”.

Cuando la noche hubo cerrado por completo, Texas advirtió al mejicano:

—Ahora vamos a realizar unos ejercicios de acrobacia. Ya sé que no te van bien, pero es preciso.

—¡Diablo! ¿De qué se trata?

—Como verás, este vagón posee una escala de hierro para ascender al techo. Nos vamos a subir a él y a esperar acontecimientos.

—¿Y eso para qué?—preguntó Nino, torciendo el gesto.

-—Para que no te tengan que enviar un ramo de siemprevivas a tu eterna morada. Fíjate en este coche, ¿qué le observas?

—Nada.

—Y sin embargo, tiene algunas cosas interesantes. ¿Ves esos agujeros que hay en el techo?

—Sí, claro que los veo.

—Pues desde arriba, se puede mirar por ellos e incluso meter el cañón de un revólver y disparar dentro. Puede que tengas necesidad de emplearlos.

—¡Ah, Buero! Si es así, conformes, creo yo.

Texas se deslizó a la plataforma del vagón. La noche estaba obscura y era difícil distinguirle.

Hizo señas a Nino para que saliese e indicándole la escala de hierro, dijo en voz baja:

—Sube y tiéndete en el techo. Podríamos pasar por algún túnel y dejarte la cabeza pegada a él.

El mejicano obedeció, trepando con dificultad por el estrecho hierro y poco después, Texas le seguía.

Cuando se encontró arriba, tiró de la escalerilla que era portátil y la dejó colgando por el lado contrario del vagón. De aquella manera, nadie podía utilizarla y en cambio, si a ellos les era necesaria podían usarla de nuevo.

Texas se tumbó en el techo del vagón junto al mejicano y cada uno aplicó el ojo a uno de los orificios, a través de los cuales podían distinguir perfectamente el interior del vagón alumbrado tenuemente por la lámpara que habían bajado de potencia.

Antes de ascender, Texas había dejado colocados sus equipajes

en dos rincones del asiento cubriéndoles con las mantas de viaje y poniendo sobre ellas sus sombreros. Aquellos bultos informes a tan escasa luz, daban la sensación de dos viajeros durmiendo.

Su posición en el techo del vagón no era muy agradable. Primero, tenían que cuidar de no salir despedidos en cualquier viraje brusco del convoy; segundo, en la obscuridad debían evitar levantarse, por si cruzaban por debajo de algún puente de escasa altura, y tercero, porque la velocidad del tren producía una corriente de aire frío que les atenazaba.

—¡Maldita sea Jalisco! —rezongó Nino—. Prefiero bañarme en un glaciar a estar aquí tumbado una hora o así.

—Pues tendrás que estar el tiempo que sea preciso. Estoy seguro de que nuestra salida ha sido telegrafiada y de que en cualquier estación subirán los *ases*inos destinados a deshacerse de nosotros.

—Bueno, pues si vamos a tener que viajar mucho de esta forma, me devuelves al rancho. A mí llévame donde haya que pelear, pero no donde tengamos que andar por los desvanes como los ratones.

El tren se detuvo varias veces en diversas estaciones del trayecto. Su posición les impedía enterarse de los lugares donde paraban, pero Texas suponía que ya se habían alejado bastantes millas de Richmond.

Eran más de las dos de la mañana, y Nino rabiaba, amenazando con apearse de tan molesto lugar, cuando Texas le dio con el codo advirtiéndole que enmudeciese. Ambos, con el ojo aplicado al orificio, observaron cómo la puerta del vagón se abría y asomaba el cañón de un revólver.

Por fin, la puerta se abrió lo suficiente para dar paso a un hombre, y en el vano asomó la impresionante silueta de un encapuchado, apuntando con dos “Colts” hacia el lugar donde los bultos parecían indicar que los viajeros se hallaban dormidos.

Detrás del enmascarado surgieron otras dos capuchas y, poco después, los tres, como tres siluetas fantasmales, ocupaban el centro del vagón sin que al parecer hubiesen provocado el más leve ruido.

Cuando quedaron frente a frente a los dos bultos, dos sordas detonaciones, que el fragor del tren apagó, vibraron al unísono, y dos certeros proyectiles fueron a clavarse en los sombreros, donde debían estar ocultas las cabezas de los durmientes.

Los adminículos, al recibir los impactos, saltaron cayendo al piso del vagón, para dejar al descubierto el engaño, y los tres sectarios, lanzando un triple rugido de furor, saltaron hacia fuera del vagón como locos.

A pesar de la media luz que reinaba en el coche, tanto Texas

como Nino captaron perfectamente la burlesca escena desde su observatorio, y el mejicano, rompiendo a reír hasta sentir las lágrimas en sus ojos, hipeaba:

—¡Esto ha sido bueno, *manito*! ¡Por la Virgen de Guadalupe! Nunca creo yo me he reído tanto como ahora, ¡*repinto*! ¡Quisiera poder haber visto las caras de esos sapos cuando han descubierto la jugada!

—¡Quizá se la tengas que ver, aunque sea envuelta en esos trapajos! No creo que se conformen con la burla.

En efecto, los sectarios, con las armas prestas a disparar de nuevo al primer síntoma de alarma, registraron el pasillo, y luego, con precaución, volvieron al coche examinándole atentamente.

Uno de ellos, sagazmente, levantó los ojos mirando con insistencia al techo, pero la penumbra reinante le impidió darse cuenta de los agujeros. Texas temió que los descubriese y había aplicado el cañón de su revólver a uno de los orificios para disparar en cuanto se diese cuenta que iba a descubrir el secreto a sus compañeros.

Pero éstos volvieron a salir y, durante un rato, no pareció que insistirían en su búsqueda, mas, no tardando mucho, el terceto regresó con otros cinco encapuchados, que estuvieron escuchando las explicaciones que los primeros les estaban dando sobre el terreno.

Nino, que no podía estar quieto un momento, masculló:

—¡Por el infierno! ¿Es que se va a celebrar, o así, un Carnaval en el vagón? Hay aquí más máscaras que en San Francisco el día de la fiesta.

—Están deliberando, Nino. Posiblemente no se conforman con la burla y decidirán buscarnos. Nuestro equipaje les hará creer que no estamos muy lejos.

—¿Por qué no nos liamos a tiros ya, *manito*?

—Porque no quiero morir cosido, pedazo de bestia. ¿No comprendes que en cuanto disparásemos desde aquí, ellos lo harían hacia arriba, traspasando fácilmente las tablas del vagón y a nosotros con ellas?

—¡*Repinto*! En eso sí que no había caído, *manito*. Creo yo que nos debíamos largar de aquí por si acaso.

—Déjales que husmeen un rato. Si nos descubren, tiempo habrá de tomar una resolución. Desde aquí se peleará con más ventaja.

Los sectarios se ausentaron del vagón, cerrándole de nuevo, y todo quedó en silencio.

—¿Qué diablos harán ahora esos sapos con gorro de dormir en

los sesos? —rezongó Nino.

—Registrar el tren.

—¿Y después?

—No soy adivino. El tiempo lo dirá.

El convoy seguía rodando por una llanura plateada por la luna. Un frío glacial hacía tiritar a ambos aventureros y en todo el paisaje que abarcaban sus ojos no se distinguían más que las luces de alguna granja aislada, perdida en la lejanía.

Texas calculó que debían hallarse próximos a Milford, pero no podía asegurarlo. Era la estación más importante que debían cruzar desde que salieron de Richmond y estaba casi seguro de que estaban llegando a ella.

Transcurrió mucho tiempo sin que los sectarios volviesen a dar señales de vida y, tanto Texas como Nino, se mostraban intrigados de ello. Seguramente les creerían huidos y, o seguirían en el tren hasta Washington o se apearían en Milford para telegrafiar, dando cuenta de su fracaso.

El mejicano, no pudiendo dominar su curiosidad, decidió echar un vistazo a lo largo del tren y, tumbado sobre el techo del vagón, alargó el cuello, Asomándose por el reborde.

Súbitamente, se medio incorporó, extendió el brazo y disparó rabiosamente sin que Texas tuviese tiempo a darse cuenta de la maniobra.

Cuando pudo intervenir, tiró de él bruscamente rugiendo:

—¿Qué diablos has hecho, pedazo de animal? Ahora has descubierto nuestra presencia aquí.

—¿Qué diablos voy a descubrir, maldita sea Guadalajara? Si cuando asomé la cabeza había un sapo de esos pegado al estribo con los ojos clavados o así en el techo del vagón. El muy cerdo me vio y quiso sacar el revólver para disparar, pero como no podía soltar las dos manos del asidero, no tuvo tiempo. Por eso me he visto obligado a adelantarme.

—¿Le has dado?

—Le he dado una purga de plomo en lo alto del copetín, que le he limpiado todo lo que tenía dentro o así. Por allá ha quedado, como un sapo que es, en el camino.

—Bueno —comentó resignado Texas—, pues prepárate a seguir purgando copetines, porque ya hemos sido descubiertos. Ahora falta saber por dónde vendrá el ataque.

Nino trató de asomarse de nuevo, pero Texas se lo impidió:

—No seas suicida, pedazo de corcho. ¿No ves que tendrán apuntando unos cuantos revólveres, esperando que asomemos la

cabeza para volárnosla?

—¿Es que vamos a estar aquí de brazos cruzados?

—Ya asomarán la nariz. Cuando vean que no nos movemos, tratarán de ganar los techos. Vigila bien por la cabecera del tren, mientras yo lo hago por la cola. Pudieran aparecer a un tiempo por ambos lados.

Aplastados contra el techo, uno hacia el frente y otro hacia atrás, vigilaban con atención el convoy.

Aunque la noche aparecía iluminada por la luz de la luna, la claridad no era muy grande para descubrir rápidamente un brazo que surgiese armado de revólver, dispuesto a barrer toda la parte alta al albur, con la esperanza de acertar.

Fue Nino el que volvió a disparar de nuevo con suerte. Dos vagones por delante, sirvieron para que un encapuchado pretendiese asomarse de manera imprudente. El disparo del mejicano le alcanzó en la frente, haciéndole caer en medio de un alarido impresionante.

—Otro sapo a quien ya no le dolerá más la cabeza, creo yo— afirmó sonriendo infantilmente —*Manito*, tendré que cambiar de revólveres, pues a éstos ya no le van a caber más muescas en el recuento.

También el revólver de Texas tronó para alcanzar a distancia a otro de sus enemigos. Por el furgón de cola había pretendido uno ganar las cubiertas, pero antes de tener tiempo a sacar medio cuerpo fuera, ya había quedado tendido a lo largo de la vía.

—Bueno, van tres—contó Nino—, si no había más, quedan cinco.

Transcurrió otro buen rato sin que se atreviesen a dar nuevamente señales de vida en vista del fracaso sufrido, pero, de súbito, el mejicano saltó como una pelota y estuvo a punto de caer del tren a causa del bote.

Rugiendo como un condenado se replegó al borde del techo renegando:

—¡Malditos gusarapos, *manito*, hay que largarse de aquí! ¡Mira!...

Texas descubrió un agujero en el centro del techo que se había astillado y comprendió la maniobra. Los sectarios disparaban desde el interior del vagón tratando de cazarlos impunemente.

Nuevos disparos abrieron más agujeros, no hiriéndoles por verdadero milagro, y Texas, tomando una resolución, ordenó:

Déjate caer en la plataforma posterior y yo lo haré en la anterior. Ahora que están dentro, podremos cazarles más

fácilmente.

De un salto elástico se dejó caer en la plataforma, siendo seguido, aunque más torpemente, por Nino, y ambos, empujando violentamente las puertas, dispararon rabiosamente al interior.

Fue un contragolpe que los “Hijos del Diablo” no esperaban, y así, cuando se dieron cuenta, los tres que ocupaban el vagón habían caído alcanzados mortalmente por los disparos de los dos aventureros.

El estruendo de las detonaciones había sido tal, que a pesar del ruido del convoy fueron captadas por el maquinista y algunos viajeros, que, asustados, hacían vibrar los timbres de alarma y el tren se detuvo en mitad de la llanura, cuando ya las luces de Milford estaban a la vista.

Texas saltó a tierra, y en el momento que lo hacía, desde la ventanilla de un vagón, dispararon sobre él, rozándole un hombro. Jim emitió una maldición y disparó impulsivamente al vano.

Nino, al observar su hombro sangrando, lanzó un rugido de tigre y, suicidamente, saltó al vagón con los ojos desorbitados y los revólveres empuñados. Estaba dispuesto a deshacer a tiros al sectario o a que éste le acribillase a él por sorpresa.

Pero cuando penetró en el vagón, no tenía nada que hacer. Texas había dado fin a su agresor de un magnífico tiro en la frente.

La gente se apeó del tren asustada, tratando de inquirir la causa del tiroteo, y varios policías que viajaban en él intervinieron, pero Texas, cambiando impresiones brevemente con el jefe, le dio cuenta de lo sucedido.

—¿Qué hacemos?—preguntó el policía—. ¿Debemos registrar el convoy?

—Ya no adelantaremos nada. El que queda, si no hay alguno más, habrán arrojado sus sayales a la vía y será imposible reconocerles. Haga que el tren continúe.

—Pero...

—Escuche. Obedezca y cuide de que nadie se apee de él en marcha. Si lo hace alguno, disparen sin pensarlo. Nosotros nos vamos a tirar del convoy cuando arranque y necesitamos que nadie nos siga.

El policía dio orden a todos de ascender a los coches, y cuando nadie quedó en la llanura, el tren arrancó nuevamente.

Pero, apenas empezaba a adquirir velocidad, Texas y Nino se arrojaron, cayendo como muñecos sobre la hierba, mientras el convoy aceleraba la marcha.

—Bueno, y ahora ¿qué?—preguntó Nino.

—¿Ahora? Allí veo las luces de una granja. Nos acercaremos y pediremos dos caballos. Si nos los niegan, los tomaremos por la fuerza, y a todo galope bajaremos a Doswell; total dieciocho millas. Allí tomaremos la línea de S.O.U., que, aunque más larga y complicada, nos llevará a Alejandría. Desde allí a Washington un paseo, y habremos hecho perder la pista a nuestros enemigos.

—Bueno, *manito*, lo que digas. Pero nos vamos a pasar la vida saltando como los micos.

—No hay otro remedio, Nino. Ten en cuenta que son muchos y hay que emplear la astucia mejor que la fuerza.

Aún era noche cerrada, cuando Texas llamaba a la cerca de la granja. Fue una tarea laboriosa obligar a uno de los peones a que despertase al dueño, pero al fin éste compareció y Texas le explicó la situación, mostrándole los poderes que poseía del Gobierno.

El granjero se mostró comprensivo y les facilitó dos buenos caballos, diciendo:

—Llévenselos y puede dejarlos en la posada de "La rosa de oro". Mañana tiene que bajar uno de mis criados al pueblo y los recogerá.

Texas le dio las gracias, y en unión de Nino emprendió la jornada basta Doswell.

Llegaron al amanecer, y después de entregar los caballos, tuvieron que esperar hasta las ocho, que pasaba un tren ascendente, montando en él sin desconfianza.

La jornada había sido dura y peligrosa, pero la suerte les había acompañado, pues la herida de Texas era una simple rozadura que curó con cuidado antes de partir para Washington.

Capítulo IX

Un plan descabellado



EGARON a Alexandría y, en un carro de verduras, hicieron su entrada en la capital del Estado. Si los sectarios, avisados, les estaban esperando en alguna de las estaciones, se llevarían un gran chasco.

Cuando Texas llegó a la Casa Blanca y se entrevistó con Lewis Snock, éste excitado, le esperaba ansiosamente. Se daba cuenta del avispero en que el audaz colaborador se había metido y, como no tenía noticia alguna de él desde que saliera de Richmond, estaba intranquilo por su suerte.

—¡Buena jugada, Jim!—exclamó abrazándole emocionado—. Ha sido algo trágico, pero beneficioso. Se les ha dado un golpe de muerte en su propia cuna y, además, se ha obrado el milagro de hacer reaccionar a la nación entera. Todos los periódicos de todas las capitales han emprendido una terrible campaña contra la secta y parece como si esto hubiese inyectado una mueva savia al pueblo. Hemos recibido ya algunas denuncias de gente que se encuentra más amparada y se han hecho detenciones que, aunque no muy importantes, siempre desarticulan una perfecta organización, sobre todo cuando se llevan en secreto y tardan en enterarse.

—Todo eso está bien—dijo Texas, —pero apenas si hemos logrado nada práctico. Los principales elementos de la organización están libres, y hasta el sapo que habitaba en la villa logró escapar. Me temo que sólo hemos cogido unos insignificantes pececillos, siendo lo peor, que se ha roto la pista V no sabemos cómo reanudarla.

—¿Tú crees? —preguntó triunfal Lewis.

—A menos que tú poseas alguna...

—Creo que la poseo, y grande, pero no me adorno con plumas de pavo real porque a ti se debe.

—¿Qué quieres decir?

—Toma. Esta mañana me han traído en persona estas tres cartas. Están dirigidas a los individuos cuyos datos me diste y a los que se les ha vigilado de una manera estrechísima. Léelas.

Las cartas parecían simples circulares. Tenían unas extrañas

notas dentro y una chapa de cartón con un número, y un capuchón de la secta dibujado.

—¿Te has enterado del contenido? —preguntó humorístico Texas.

—No, ¡por todos los diablos! Ese galimatías no hay quien lo descifre. Pensaba entregárselo al departamento de claves para que intentase su solución, pues supongo que será algo muy importante.

—Así lo supongo yo, y no tardaré en dejártelo traducido.

—¿Tú?—preguntó extrañado el secretario.

—Claro que yo. Me entregó la clave Harvey. Déjame un rato solo, coa lápiz y papel, y te diré lo que contienen.

Dos horas más tarde, Texas mostraba un papel escrito a su amigo, diciendo:

—Aquí lo tienes. Es una carta circular que contiene el mismo texto. Se cita a los interesados a una reunión que se celebrará en Monroe, dentro de cuatro días.

—¿En Monroe?

—Sí; lo han previsto todo muy bien Monroe, como sabes, está en la punta de ese trozo de península perteneciente a Virginia, casi frente a Norfolk. En este puerto tendrán preparada una embarcación de turistas, bajo el patrocinio de una sociedad de recreo. Sólo pueden embarcar en ella los socios, Cada socio presenta su tarjeta, pero esta tarjeta será esta chapa con este número, para que no existan filtraciones. Luego allí, no sé dónde celebrarán la reunión.

—Pero ¿es que puede reunirse toda la secta en un lugar cualquiera sin llamar la atención?

—No; por lo visto es un sector H. B. por el signo de la tarjeta. No puedo decirte más.

—Bien; entonces enviaremos una cañonera que siga al barco y…

—No harás nada de eso, Lewis. Estas chapas nos dan derecho a tres entradas. Iré con Nino y alguien más en quien tenga confianza.

—Eso es una locura, Jim.

—No lo es, porque, como sabes, cada cual llevará su capuchón para no darse a conocer, Nadie puede saber quién es su jefe inmediato y los secuaces vulgares como éstos, sólo se limitan a oír y a aceptar las órdenes que reciben.

—Pero, si os descubren…

—Puede hundirse el cielo y cogernos debajo. Creo que estaremos más seguros que aquí, si conseguimos que no nos localicen antes.

—Piénsalo bien, Texas. Yo creo que debíamos hacer una redada y capturar el barco.

—Y a lo mejor te expones a no cazar más que pececillos, y otra

vez se nos escapan los gordos. Es mejor dejarles confiados. Creo que asistiendo los tres a la reunión, averiguaremos algo que nos permita, más tarde, hacer alguna detención importante.

—Pero, ¿y si descubren la falta de estas cartas?

—No la descubrirán. Escucha. Vas a hacer copiar estas cartas, variando las fechas. Que lean para cuatro o cinco días después, eso ya nada importa. También harás falsificar las chapas para entregarlas con las misivas rápidamente. De aquí al día de la citación necesito dos sayales y capuchones para Nino y para mí, y si tienes a alguien decidido que nos ayude, también para él.



—Hemos recibido ya algunas...

—Creo poder contar con gente apta, Texas. Hombres valientes abundan; hombres con tu sagacidad e iniciativas son los que escasean.

—Pues vete preparando al agraciado y vamos a estudiar la forma de que podamos salir de aquí sin que nos sigan, si por casualidad han descubierto nuestra llegada. De eso dependerá el éxito.

—Creo que eso lo podemos solucionar bien. Tengo un amigo que posee una villa detrás de la mía. Ambas se comunican a través de una tapia. Saltando por ella se puede salir al otro lado, cerca del río. Tendré una gasolinera preparada, que os llevará por el río Potomac, costeando, hasta el lugar que tú designes para desembarcar. Luego, te puedes dirigir a Norfolk por el medio que mejor te acomode.

—No está mal la idea a falta de otra mejor.

—Piensa tú a ver si se te ocurre.

—No; hay que dar siempre un margen a la posibilidad de acertar. De todas formas, será interesante que cuando nuestra gasolinera se dirija río abajo, la policía costera retrase el paso de cualquier otra embarcación que pueda seguir nuestras huellas. De esta manera despistaríamos mejor si por una eventualidad pudiesen seguirnos para curiosear el lugar a donde nos dirigimos.

—Bien; en ese caso, te quedarás aquí hasta que yo estime que puedes salir con las máximas garantías. Tengo que preparar todo con mi amigo y dar orden de que la gasolinera esté a punto en el momento justo.

—Sí; que atraque a la orilla en el minuto cumbre de tener que embarcar. Cuanto más se use la sorpresa, mejor.

Texas y Nino tuvieron que quedarse en la Casa Blanca, en el despacho de Snock, quien les acomodó unos amplios divanes para que pudiesen descansar, y allí mismo les fue servida la comida.

Entretanto, el secretario se ocupó de que falsificasen las cartas y los cartones; se procuró uno de los muchos sayales que habían capturado con “Hijos del Diablo” dentro, y, al siguiente día, se presentó con un individuo alto, fuerte, moreno y simpático, en cuyos ojos brillaba la energía y la decisión.

—Texas—advirtió Lewis—, te presento al ex teniente del segundo de Kentucky, Isaac Born.

—Ahórrate la presentación, Lewis—-exclamó sonriendo Texas, al tiempo que tendía su mano al recién llegado. —Estuvo conmigo en la toma de Richmond.

Born, saludando efusivamente a Texas, exclamó:

—No sabe usted lo que me alegra trabajar a sus órdenes, capitán. Usted es de los que sólo toman parte en cosas grandes de las que a mí me gustan.

—¿Sí? Pues ándese con cuidado, porque pudiera ser que ésta nos viniese demasiado holgada.

—No lo creo. Usted es una garantía. No sé de lo que se trata, pero iré a ciegas con usted.

—Gracias. Y como es justo que lo sepa, escuche.

Y le hizo un relato de lo sucedido, así como de los proyectos que abrigaba.

—¡Magnífico! ¡Si esto va a resultar un juego de muchachos! Siempre lo más audaz es lo que suele resultar más fácil.

—¡Ojalá acierte usted en bien de todos!

Aquella noche, a altas horas de la madrugada, cuando casi nadie transitaba por las calles de la población, un coche cerrado se detuvo un instante al pie de la escalinata de la Casa Blanca, y, con toda rapidez, subieron a él el secretario, Texas, Born y Nino, los cuales, a galope tendido, fueron conducidos a la villa próxima al río.

Durante todo el día siguiente, se estableció una severa vigilancia en los alrededores, sin descubrir nada anormal; y a la noche siguiente, ya a hora muy avanzada, salieron por la parte posterior de la villa contigua, tomando la gasolinera que llegó con el tiempo justo para tomarles a bordo y seguir río abajo.

Durante las primeras millas de navegación, descubrieron varias embarcaciones de la policía costera, que les dejaron pasar sin molestarles. La combinación de luces que llevaban a proa era la señal de ser la única embarcación que debía gozar paso franco durante dos horas continuadas.

Todo parecía que iba como sobre ruedas. Nada había sucedido capaz de alarmarles, y a bordo llevaban, con un buen arsenal de armas y un magnífico repuesto de provisiones, los capuchones que debían ayudarles a mantener mejor el incógnito.

Día y medio tardaron en llegar a Glucester, pueblo costero a unas veinticinco millas del punto de cita, y allí, fueron desembarcados para continuar por tren el camino a Norfolk.

Llegaron a dicho puerto el justo día de la cita y, atracado al muelle, descubrieron el barco fletado por la entidad turística, una especie de viejo yate capaz de recoger en él un centenar de pasajeros.

Allí descubrieron muchos excursionistas pertrechados de trajes exóticos y morrales repletos, como si en efecto fuesen a celebrar una gran excursión, y, deambulando por los alrededores, descubrieron con discreción que el barco haría dos o tres viajes para cruzar a Monroe y dejar allí a todos los excursionistas citados.

Después de discutir la conveniencia de embarcar los primeros o los últimos, decidieron cruzar en primer término. Si existían sospechas de filtraciones, quizá se extremase la vigilancia del último cargamento más que la del primero.

Texas sabía que corría un grave peligro a subir a bordo, pues si, a pesar de las precauciones tomadas para, desfigurar su rostro, era

reconocido, no sólo se vendrían abajo todos sus planes, sino que el peligro que iban a correr metidos en medio de aquella jauría humana sería terrible.

Decidiéndose, advirtió a Nino y a Born:

—Voy a subir a bordo el primero, pues soy el más fácil de reconocer. Ustedes quédense lo más cerca posible con las manos metidas en los bolsillos y las culatas de los revólveres empuñadas. Si observan el más leve síntoma de peligro para mí, disparen sin consideración, que yo haré lo mismo. No será momento de andar con paliativos, pero si ven que paso desapercibido, que me siga Nino, y usted sube en el último lugar.

Ya de acuerdo, se dirigió resueltamente al largo tablón que desde tierra se tendía al borde de la nave, y aprovechando que subía por él un grupo de ocho o nueve sectarios, se unió a él, mezclándose entre ellos.

Dejó pasar por delante a la mitad, y, con los ojos muy abiertos y el oído agudizado, se dispuso a captar lo que les era exigido para pasar a cubierta.

Un tipo alto y ciclópeo, con tanta fuerza como podía desarrollar Nino, era el encargado de revisar a los turistas, y cuando éstos llegaban ante él, hacía una pregunta:

—¿Cómo se llama?

El viajero daba su nombre y apellido, el gigante consultaba una lista alfabética por apellidos que tenía en la mano, comprobaba que el interesado se encontraba en la lista y pedía la contraseña. Si ésta coincidía en el número que figuraba en la lista, se la devolvía, dejándole paso franco.

Texas respiró esperanzado. Si no tenían que sufrir otros requisitos, los tres estaban bien preparados para salvar aquel escollo.

Avanzó audazmente, al llegarle su turno, y esperó. El gigante preguntó:

—¿Su nombre?

—Donald O’Tegen.

—¿Procedente?

—De Chicago.

—¿Su tarjeta?

Texas presentó la chapa de cartón. Su interlocutor consulto el número, comprobó el mismo en la lista y tachándole con una cruz dijo:

—Siga; otro.

Texas se unió a los que ya paseaban por cubierta y se colocó en

lugar estratégico. Nino iba a correr su misma suerte y no tenía mucha confianza en la sagacidad ni discreción del mejicano.

Aparte de esto, podían desconfiar de él, su tipo típicamente del sur y a veces su acento, le denunciaban, por ello le había adjudicado la personalidad de Ryley, que por ser de Texas, podía, a su vez, ser oriundo de Nueva Méjico o de El Paso.

Más nada turbó sus planes. Nino, rígido y seco, procurando dar el más puro acento americano a sus breves palabras, pasó por el saetín del interrogatorio sin tropiezo, y lo mismo le sucedió a Born.

Cuando los tres se encontraron reunidos en cubierta, se guiñaron expresivamente un ojo y, sin cambiar palabra alguna, se dedicaron a pasear por cubierta, tratando de escuchar cuanto se hablaba en torno a ellos.

Cuando el barco se encontró totalmente lleno de turistas, se retiró el tablón y se soltaron las amarras, virando hacia el otro lado de la bahía de Chesapeake.

El mar estaba en completa calma y el viejo navío, navegando hacia el nordeste, enfiló la punta de la península, donde atracaba dos horas después.

Desde el desembarcadero, a una indicación de los guías, se encaminaron tierra adentro hacia un lugar muy pintoresco. Era una especie de gran pradera cubierta de césped, con frondosos árboles y rodeada de accidentes del terreno, que formaban como un anfiteatro.

En el centro, un enorme conglomerado de piedras milenarias formaba como un monolito todo cubierto de hiedra, por la que reptaban los lagartos.

Corrían algunos arroyos y era un lugar ideal para una verdadera excursión.

La sociedad turística en la que figuraban como miembros, había conseguido una extraña concesión; la de reunir una vez al mes a sus afiliados en aquel terreno durante dos o tres días y gozar del privilegio de no poder penetrar en él más que sus socios.

Para la concesión, habíanse amparado en una razón, la de evitar que, mezclados con gente extraña, pudiesen surgir reyertas o disgustos, mientras que reuniéndose únicamente los socios, sus dirigentes garantizaban el orden durante los viajes de vacación.

Como realmente había lugar para todos, no hubo inconveniente en acceder a la petición, y así, cuando se reunían, varios vigilantes cerraban el paso a toda gente extraña y unos carteles portátiles, en las entradas, advertían que era lugar reservado para la entidad.

Texas, al irse enterando de estos detalles, admiró la audacia, la

sagacidad y la osadía de la secta. Quizá se apoyaban en que varios cientos de personas eran muy peligrosas en caso de ser descubiertos, y en que, a su amparo, los cabecillas podrían huir, aunque para ello tuviesen que sacrificar la vida de un buen puñado de fanáticos.

Lo que no acertaba a comprender, era cómo iban a celebrar una reunión tan peligrosa en sitio tan descubierto. Cualquier curioso, emboscado por las cercanías, podía descubrirles por otra parte, no entendía para qué sería preciso encapucharse allí, cuando todos se estaban viendo los rostros.

Lleno de curiosidad, esperó. Como sus compañeros, se había procurado algunas viandas, y los tres, reunidos, las devoraron en espera de acontecimientos.

Ya de noche, empezaron a circular órdenes secretas en voz baja. A las doce, cuando vibrase un pito todos debían proceder a vestir sus sayales, y en orden y silencio debían irse dirigiendo al centro de la pradera, donde se erguía un hacinamiento de piedras.

Texas adivinó que aquello debía disimular alguna entrada secreta a un lugar subterráneo. Quizá fuese una obra natural descubierta por casualidad, o un hábil trabajo realizado a escondidas durante mucho tiempo, pero estaba seguro de que aquel era uno de los misteriosos antros usados por la secta para sus aquelarres.

La noche sin luna se presentó obscura. Solamente el débil reflejo de las estrellas iluminaba vagamente la pradera, y en silencio, como fantasmas, los sectarios procedieron a embutirse en sus sayones.

Al imitar a los demás, Texas sufrió un sobresalto. Como una vez desaparecida su personalidad debajo del disfraz, todos resultaban iguales, ¿qué sucedería si por cualquier causa se veían separados y en cualquier momento necesitaban auxiliarse y pelear unidos?

Inquieto, hizo objeto de sus inquietudes a Born, y éste, tras un momento de silencio, dijo:

—Creo que tengo una solución o en parte nada más. Yo tengo una sortija de oro, me la pondré en el dedo por encima del guante. Puede ser una señal.

—Yo también tengo mi anillo de prometido... ¡Ah! Y Nino creo que también. Podemos hacer lo propio.

—Pero convendrá usarlo en la mano izquierda y no sacarla a la vista más que en casos precisos. Si se fijasen en ellas, lo tomarían como una señal de reconocimiento y daría lugar a algo grave.

Se acordó correr el riesgo y los tres se colocaron las sortijas sobre los blancos guantes.

Las de Born y Nino no se destacaban mucho. Eran unos simples

anillos de oro fácilmente disimulables, pero la de Texas, regalo de Stella, poseía una piedra encarnada en forma de corazón, bastante llamativa.

Texas procuró dar la vuelta a la piedra para que no brillase o se distinguiese a simple vista, y con ella escondida hacia el interior de la palma de la mano, quedó tenso en espera de acontecimientos.

Poco a poco, la pradera iba quedando desierta como si la tierra se fuese tragando a los excursionistas, y cuando ya quedaban muy pocos, los tres aventureros se dirigieron al monolito.

Capítulo X

Con la vida en un hilo



UANDO estuvieron a pocos pasos del conglomerado de piedra, observaron, a la escasa luz de las estrellas, que algunas piedras aparecían separadas, formando un vano obscuro, y ante él aparecía un tipo ciclópeo, que Texas creyó adivinar que era el mismo que les había recibido a bordo.

Al pasar, todos le iban entregando la chapa de cartón, que él retenía entre sus dedos un momento, palpándola como si buscase algo en ellas, y luego, las devolvía, indicando con un gesto la entrada.

Al recibir Texas la suya, después de examinada por el guardián, la palpó suavemente, y entonces se dio cuenta de que era de un cartón especial, que arañaba el pulpejo de la mano al rozarla.

Sin duda, aquella era una última prueba para evitar que alguien entrase con alguna chapa falsificada.

A tientas, avanzaron por el obscuro vano que se inclinaba hacia abajo, pero, bruscamente, observaron un débil reflejo. Se trataba de una luz indirecta, de tono rojizo, que reflejaba en las piedras desde algún lado.

Pronto supieron de dónde. El tubo doblaba violentamente a la izquierda y, del fondo, surgían los movibles reflejos de varias antorchas lejanas.

Continuaron avanzando hacia abajó, como si se fuesen a hundir en el fondo de la tierra, hasta que, por fin, desembocaron en una especie de enorme vano rocoso, capaz para albergar más de doscientas personas.

Pronto adivinó Texas que aquello no era obra humana. Se trataba de una enorme caverna natural en roca viva, y debió ser descubierta incidentalmente, Dios sabía cómo y cuándo.

Empotradas en la pared, sobre soporte de hierro, había más de dos docenas de hachas de viento que humeaban terriblemente, poblando el alto techo de una capa de humo denso, y al fondo, se levantaba un extraño estrado que debía estar destinado a los jefes de la secta. Era una especie de tosca mesa, larga hasta unos cuatro metros. Detrás, siete grandes piedras simétricas oficiaban de

asiento, aunque la del centro era un poco más alta, y cubriendo el estrado, se extendía un enorme paño de terciopelo negro, con franja roja, y en el centro, una calavera con dos tibias cruzadas, signo de muerte y destrucción.

El estrado estaba vacío, señal de que los jefes no se encontraban allí, quizá eran esperados de un momento a otro, y para no ser vistos ni conocidos, los afiliados debían reunirse antes de su entrada.

Una docena de tipos altos y fornidos, a juzgar por su volumen, hacían guardia a los lados de la mesa presidencial. Los doce, portaban modernos rifles colgados al hombro, y sobre los sayales lucían exóticamente cintos de cuero, de los que pendían sendos revólveres.

Texas, Nino y Born, prudentemente, en lugar de avanzar se colocaron en un lugar cercano a la salida. En caso de peligro, la huida sería menos difícil, y sin saber por qué, no se sentían muy seguros allí, a pesar de su disfraz y de la facilidad con que habían penetrado.

Texas volvió con disimulo la vista hacia atrás, observando que la salida estaba guardada por otros dos vigilantes, también armados. Los sectarios no descuidaban precaución alguna y se cubrían contra cualquier eventualidad posible.

En caso de peligro, lo primero que había que hacer era eliminar a los dos vigilantes de la entrada. Texas se lo advirtió en un susurro a sus dos compañeros, y desde aquel momento se limitaron a esperar.

Poco después, se sintió un leve rumor de pasos a su espalda, y por el negro boquete surgieron siete figuras encapuchadas, vistiendo el blanco sayal, pero, como distintivo, llevaban en el pecho unas calaveras en oro.

Uno de ellos la lucía en rojo, y Texas calculó que debía ser el jefe supremo de la logia.

Todos se inclinaron reverentes a su paso, y los siete se dirigieron directamente al estrado, donde tomaron asiento sobre las piedras.

El del centro fue ocupado por el que lucía la roja calavera, y cuando todo estuvo preparado, el presidente agitó una campanilla de plata que había sobre la mesa.

Como una sorda oración, brotó de todas las gargantas, casi al unísono, una sola palabra:

“—¡Ku-Klux-Klan!”

Cuando reinó de nuevo el silencio, el presidente se levantó, y con voz ronca, que parecía salir de debajo del estrado, empezó a

hablar.

Aquella voz debía salir desfigurada a causa del capuchón que cubría su boca, pues carecía de timbre y era como un salterio monótono e igual en las modulaciones:

“—Queridos hermanos en la vida y en la muerte—empezó diciendo—. Esta vez habéis sido congregados aquí a petición de uno de nuestros hermanos mayores, que tiene algo grave que comunicaros y algo imprescindible que pediros. No son esta vez muy alegres y optimistas las noticias que os vamos a dar, porque nuestros enemigos han emprendido una terrible cruzada contra nuestra secta y, en este momento, tenemos que llorar la muerte de unos cuantos de los mejores.

"Nuestros grandiosos proyectos para vengarnos de los que durante años nos vienen esclavizando al amparo de una falsa democracia, que no es sino una tapadera para humillarnos a los que sufrimos la desgracia de perder la guerra, han experimentado un grave quebranto debido a la intromisión de un elemento peligrosísimo, que hay que extirpar, aunque todos tengamos que juramentarnos para dedicar nuestras actividades y nuestras vidas a su persecución.

"Ese elemento audaz, osado, valiente, pues no se le puede negar coraje y desprecio a la vida al enfrentarse con nosotros, ha destrozado algunos de nuestros planes en marcha y es culpable de la muerte de un buen número de nuestros afiliados.

"Cierto qué no lucha solo. Dotado de amplios poderes del Gobierno, puede usar a su capricho de cuantas autoridades hay en la nación, y nadie se opone a sus órdenes, pero ese poder absoluto no nos asustaría, como no nos asustó nunca, si no estuviese en las manos de ese audaz aventurero que posee una sagacidad y una acometividad terribles.

"No tenemos inconveniente en recalcar y reconocer sus méritos, para que con ello os deis cuenta del peligro y de la necesidad de exterminarle sin detenernos ante consideración alguna.

”Desde este momento, la secta ha de estar sólo pendiente de él, si muchos no quieren pagar con su vida la lenidad o el desprecio al valor del enemigo.

"Varias veces, durante estos días, lo hemos tenido al alcance de nuestra venganza, y una suerte loca le ha protegido, burlando todas las emboscadas y los lazos que se le tendieron.

"Aún más, ha poseído audacia para burlar la sutil red de espionaje de nuestra organización y filtrarse por sus invisibles hilos, evadiéndose y haciéndonos perder su pista.

"Nuestro crédito y nuestros intereses, no sólo están a merced de la audacia de ese aventurero, sino que reclaman, una acción enérgica que desbroce nuestro camino de obstáculos que pueden sumirnos en la ruina, e incluso poner en peligro nuestras vidas y haciendas.

"Todos tenéis noticias del trágico incidente de Richmond. En él han pagado con su vida los mejores hombres que teníamos en aquella localidad, unos peleando y otros vilmente ahorcados por las autoridades, y, esa pugna, hemos estado a punto de perder uno de nuestros mejores jefes, el cual, después de mí, os dirigirá la palabra para deciros algo muy interesante y que os demostrará que es un genio de nuestra organización.

"La guerra está declarada abiertamente, pero una guerra sorda y terrible, en la que tenemos que *ases*tar golpes audaces y espectaculares para rescatar nuestro crédito menoscabado.

"Yo sé que puedo contar con vuestro valor y vuestra abnegación. Todos habéis dado pruebas de ello en tantas ocasiones como se os requirió, pero quiero reiteraros la necesidad de extremar las energías y consagraros a esta lucha crucial por encima de todo.

"Y ahora, os va a hablar el jefe de Richmond, el cual, como os he anticipado, tiene algo grave que deciros."

Texas quedó tenso, con los ojos clavados en el enmascarado que acababa de levantarse de su asiento a una invitación del presidente. Se trataba de un tipo de estatura media, ancho de hombros, fuerte, al parecer, y de modales suaves.

El presidente, antes de sentarse, extendió su mano diciendo:

—Hable, hermano, el auditorio está pendiente de sus palabras.

Algo llamó la atención de Texas antes de que el presidente se achicase en su asiento. Fue el brillo verdoso de una piedra que había fulgurado en la mano derecha del jefe de la secta.

No pudo captar su forma completamente, pero le pareció que era ovalada y bastante grande.

El jefe de Richmond tendió la vista en derredor antes de hablar, y, por fin, dijo:

“—Queridos hermanos, que la vida y la muerte os protejan y os sepan inspirar en los momentos solemnes de vuestra existencia.”

Texas sufrió un estremecimiento de angustia al captar el timbre de voz del sectario. A pesar de que la capucha parecía desfigurarlo, le era tan conocido, que no dudó en reconocer por ella a Zenker.

Por un momento, llegó a dudar si no sería un reflejo de imaginación, pero un fuerte codazo que le administró Nino le ratificó en su seguridad.

Sus dientes rechinaron bajo el tosco sayal y su mano apretó con ira la culata del revólver.

Pero la prudencia le aconsejaba no moverse. Era una locura intentar nada entre aquella jauría que les destrozaría apenas iniciasen el menor movimiento agresivo.

Con el oído tenso, escuchó a su acérrimo enemigo, que continuaba Hablando así:

“—Poco tengo que añadir a lo dicho por nuestro ilustre presidente sobre los sucesos últimamente desarrollados en el sector que inmerecidamente gobierno, sólo podría mostraros, como un recuerdo vivo para mí, la huella de una bala clavada en este hombro durante la lucha en la villa que habitaba, pues, a la hora de hacer cara al peligro, los jefes son tan soldados como el último de nuestras filas y jamás rehuimos el peligro personal para cargárselo a un tercero.

"Lo único que tengo que deciros ahora, fijaros bien y estar muy alerta, con las armas al alcance de vuestras manos es que el peligro no se ha alejado, sino que le tenemos tan cerca, que casi nos quemamos las manos en él.

"Es cierto que nuestro terrible rival logró burlar la red de espionaje tendida en torno a él, y que por algún tiempo nos tuvo navegando en las tinieblas sin poder encontrar la pista que nos llevase a su lado, pero si el osado creyó que esto podía mantenerlo impunemente durante mucho tiempo, se equivocó. No somos hombres vulgares a quienes se puede burlar fácilmente. La pista ha sido recogida y nuestro audaz enemigo, junto con quien le ha servido de apoyo, se han metido por propio impulso dentro de la ratonera."

Las palabras de Zenker produjeron viva expectación. No se oía ni el vuelo de una mosca en la sala, y Texas, adivinando alguna jugada, de las que con tanta maestría sabía jugar su terrible enemigo, apretó la culata del revólver en el bolsillo y se preparó para lo peor.

Zenker, como si se gozase en causar angustia en el auditorio, guardó silencio brevemente, para al final añadir:

“Primero os revelaré el nombre del osado. Es necesario que le conozcáis, porque todos tenéis una vieja deuda pendiente con él. Fue uno de los "héroes" de la Confederación durante la guerra. Entró a saco en Richmond, al frente de cientos de hombres, y ayudó al saqueo y la destrucción. Se llama Jim Texas, el capitán Jim Texas, y en este momento tiene que estar aquí mismo, entre nosotros."

Un movimiento instintivo impulsó a todos a mirarse a través de los tupidos capuchones, preguntándose quién sería de los doscientos o más reunidos, pero nadie pasó de aquel movimiento instintivo.

Tampoco, por un milagro de voluntad, Texas perdió la cabeza. Esperaba algo más acuciador para decidirse a obrar, pues ignoraba si la afirmación se había lanzado al azar para obligarle, a descubrirse.

Esto debió ser lo que esperaba Zenker, y al observar que no se producía, añadió con tono de voz un tanto nervioso:

"—Es inútil que nuestro enemigo posea nervios de hierro y no se denuncie. No crea que por ello va a escapar de aquí. Quiero demostrarle que sé que está y quién es.

"Tres de nuestros hermanos no han recibido a tiempo la citación, y cuando la han recibido, tardíamente, estaba falseada. Se les daba una fecha distinta y sus cartones eran falsificados. Yo temía que esto pudiese suceder y he hecho vigilar las llegadas de las citaciones y comprobar la legalidad de los documentos.

"Las chapas substraídas son las: H-245, H-567 y B-148. ¡Que nadie salga de aquí! Se va a proceder a revisar los cartones..."

Texas, comprendiendo que todo estaba perdido, no quiso desaprovechar un segundo. Si había alguna posibilidad de salvación, había que usarla por sorpresa, y para provocar el pánico y distraer la atención de aquellos terribles fanáticos, antes de que nadie pudiese dar un paso hacia adelante, disparó repetidamente al estrado.

Zenker emitió un terrible juramento, llevándose las manos al pecho; el jefe que se sentaba a su lado cayó de espaldas, y otro, clamó angustiosamente, y la voz autoritaria de Texas rugió:

—¡Fuego contra esta chusma! ¡Asarles vivos a todos!

Nino y Born, que se habían dado cuenta de la gravedad de la situación, habían disparado al mismo tiempo sobre los dos guardianes de la puerta, abatiéndoles de dos certeros disparos, y, a todo correr, seguidos de Texas, ganaron el trozo de pasillo cuando ya algunos disparos habían vibrado siniestramente, buscándoles.

Al torcer el recodo, Texas dio la voz de alto y se volvió, enfilando la salida en unión de sus compañeros, que se habían detenido sin acertar a comprender su huida, pero cuando le vieron disparar sobre la masa ciega que fluía como una ola, le secundaron, abatiendo a más de media docena, que cayeron en el recodo obstruyendo el naso a sus compañeros.

Algunos, enardecidos, pretendieron saltar sobre los caídos, corriendo su misma suerte, y durante cinco minutos, los tres osados

seguían firmes, cerrando la salida a tiros y amontonando cuerpos, que se debatían agónicamente.

El griterío era espantoso. Los ayes y las maldiciones poblaban con sordos ecos la galería. Disparos ineficaces brotaban de ella, y Texas, impasible, seguía atisbando la salida del recodo, sabiendo que su salvación estaba en no permitir que la tromba irrumpiese como un alud, arrollándoles.

En voz baja, ordenó a Born:

—Vea si hay algún modo de abandonar esta ratonera. Quizá estos tipos hayan llegado en carruaje.

Born corrió a la salida en el instante en que los dos vigilantes exteriores, atraídos por los disparos, acudían presurosos. Fue una suerte para él que la zona obscura de la salida le ocultase, pues pudo recibirles a tiros, abatiendo a ambos.

Entonces, corrió como loco a la salida de la pradera, pero no distinguió carruaje alguno, pero a sus oídos llegó próximo el batir de las olas sobre los cantiles, y, adelantándose, echó un vistazo al mar.

Una motora estaba atracada junto a una diminuta playa natural. Debía ser la embarcación que había llevado a los jefes hasta allí.

Los ecos de las detonaciones no llegaban a aquella parte y todo parecía tranquilo.

Born echó un vistazo a la canoa. Dos hombres esperaban, inmóviles, junto al motor, que rezongaba sordamente, pero dos hombres no era nada para ellos.

Perdiendo el aliento en la carrera, volvió a la entrada de la caverna, diciendo:

—¡Pronto! Si podemos evitar que nos cacen a tiros, la salvación está cerca. Hay una motora a doscientas yardas, junto a los cantiles.

—¿Muchos hombres en ella?—preguntó Texas.

—Dos nada más.

—Escuchen. Corran como gamos y elimínenlos. Háganse con la motora y espérenme.

—¿Está usted loco? —Exclamó Born—. Eso no puede ser.



...seguía atisbando la salida...

—Eso tiene que ser. Si salimos los tres juntos, como nos perseguirán rápidamente, no nos darán tiempo a apoderarnos de la canoa. Si la toman ustedes, yo puedo correr al albur de llegar a ella.

Fue inútil discutir. Born y Nino tuvieron que obedecer rápidos, mientras Texas, con gran sangre fría, seguía barriendo el recodo, que cada vez amontonaba más cuerpos.

Rabioso, no permitía que arrastrasen hacia dentro a los caídos para seguir creando el obstáculo y, a pesar de ser tantos, se mostraban como presos en un cepo, pues asomarse al exterior era firmar su sentencia de muerte.

Cuando consideró que había transcurrido un tiempo prudencial, esperó un nuevo intento de sus enemigos, después de descargar uno de sus revólveres, echó a correr como una exhalación, saliendo a la pradera.

Había ganado unos veinte metros, cuando un clamor impresionante surgió a su espalda. Los sectarios se habían dado cuenta de su maniobra, y como lobos, corrían tras él, tratando de alcanzarle, pero Texas era un hombre veloz, difícil de echar mano

en carrera corta.

Los disparos empezaron a dibujarle, pero la obscuridad era tan grande, que al reflejo de las estrellas parecía imposible colocarle un solo proyectil Sin embargo, los sentía silbar siniestramente y temía que cuando se hallaba a punto de salvarse, una bala casual diese fin de él.

Cruzó como una exhalación por uno de los portillos y se dirigió a la izquierda. Sentía el batir del mar cerca, pero temía desorientarse y, para evitarlo, disparó su revólver.

La voz de Nino surgió en las sombras:

—¡A la izquierda, *manito*, pronto!

Un último esfuerzo le llevó frente a la canoa. De un salto fantástico, cayó en cubierta, al tiempo que Born abría las válvulas y el motor impulsaba a la embarcación bahía adentro. Desde la orilla, brotó un impresionante griterío y algunas balas se clavaron en el costado de la motora, pero ya estaban atrás los cantiles, y en ellos, impotente y rabiosa, a toda la burlada horda.



La jauría humana

es el título del próximo episodio
de las emocionantes aventuras de

JIM TEXAS

en el que, acompañado de su fiel
e inseparable **NINO**, prosigue
su lucha contra los delincuentes
y los saboteadores, lucha que
alcanza su mayor interés a medida
que se suceden los incidentes.

Si quiere emocionarse y sentir-
se intrigado no deje de leer

La jauría humana

¡APRESÚRESE A COMPRAR SU
EJEMPLAR ANTES QUE SE AGOTE!



EDITORIAL BRUGUERA - BARCELONA